BALDUINO ENRICO
ASEDIO DE LA CIUDAD
DE SAN JUAN DE PUERTO-RICO
POR LA FLOTA HOLANDESA
1973 Geil Sabat, Fernando

Balduino Enrico: asedio de la ciudad de San Juan de Puerto Rico.

CPR c.2

DATE
ISSUED TO

NO CIRCULA FUERA DE LA BIBLIOTECA
BALDUINO ENRICO

Estudio sobre el general Balduino Enrico y el asedio de la ciudad de San Juan de Puerto Rico por la flota holandesa en 1625, al mando de dicho general y del Almirante Andrés Veran, con otros episodios de las empresas de estos dos caudillos en aguas Antillanas.

ILUSTRADA CON DOS MAPAS Y OCHO LÁMINAS

POR

FERNANDO J. GÉIGEL SABAT

EDITORIAL ARALUCE: Cortes, 392: Barcelona
1934

Conrado F. Asenjo
-Sept. 1934-
A MODO DE PROLOGO

Sea esta modesta aportación a los estudios históricos portorriqueños, no sólo mi deseo de dar a conocer los interesantes fragmentos de la obra de Juan de Laet que se refieren a nuestro pasado, sino también la esperanza de que plumas más autorizadas que la mía, puedan encontrar alguna utilidad en conocer dichos fragmentos, que vienen a corroborar el heroísmo de la defensa que opuso la isla en 1625 a los holandeses mandados por Balduino Enrico.

Creo que puede ofrecer algún interés, a personas tan calificadas en los estudios de nuestra historia como mis particulares amigos, señores Mariano Abril, Historiador ofi-
cial de Puerto Rico, Luis Llorens Torres, Dr. J. L. Montalvo Guenard y Dr. Víctor Coll Cuchi, entre otros muchos que contribuyen a esclarecer y ensalzar debidamente los hechos de la historia borinquena.

En el estudio preliminar que antecede a la traducción de la obra de Juan de Laet, explico algunos de los móviles que me inducen a su publicación y los comentarios que su lectura me ha sugerido. Que sea en beneficio de tan beneméritos investigadores y de la cultura portorriqueña, es a cuanto puede aspirar el autor de estas líneas.

Fernando J. Géigel

Barcelona — Junio de 1934.

SUMARIO DE LA OBRA

PARTE PRIMERA

Estudio preliminar

PARTE SEGUNDA

Fragmentos traducidos por primera vez al castellano de la obra de Joannes de Laet «Historie Ofte Iaerlijck Verhael Van de Verrichtinghen der Geoctroyeerde West-Indische Compagnie, zedert haer begin tot het eynde van't jaer seathenhondert ses-en-dertich», Leyden, 1644. (Historia o Anales de los Hechos de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, desde su comienzo hasta fines del año 1630). Publicada en Leyden por A. Elsevier, Año, 1644.

APÉNDICE

I

Cap. XVII de la «Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico», por Fray Ilígo Abbad y Lasier. Madrid, 1788.
II

Relación de la entrada y cerco del enemigo Boudayo
Henrico, General de la Armada del Príncipe de Oran-
ge en la Ciudad de Puerto Rico de las Indias; por el
Leó. Diego de Larrasa, Teniente Auditor General que
fué de ella. (Real Academia de la Historia de Madrid.---
Misceláneas).

III

Plano en que se manifiesta con la mayor exactitud
el Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, y
todas sus inmediaciones, levantado con plancheta y la
más escrupulosa atención por Don Thomas O'Daly, de
orden del Mariscal de Campo Don Alejandro O'Reilly.—
San Juan de Puerto Rico, 17 de Mayo de 1765.—(firma-
do)—Thomas O. Daly. Copia del original a la acuarela,
pertenciente al Archivo y Biblioteca Puertorriqueña
del Leó. Fernando J. Geigel Sabat.

PARTE PRIMERA

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

FERNANDO J. GEIGEL SABAT
PARTE PRIMERA

ESTUDIO PRELIMINAR

I

El título de este pequeño volumen, destinado a exaltar un glorioso episodio de la historia portorriqueña, parece indicar que algún nuevo dato interesante ha de agregarse a los ya existentes sobre aquella gesta, la más áurea, tal vez, en el historial de la isla de Borinquen.

Así es, en efecto; una casualidad que, a veces, se complace en prodigar sus dones a los modestos aficionados a la patria historia, me permite ofrecer este librito a los actuales y futuros cultivadores de nuestra historia, re-
copilando, aumentando y haciendo algún breve comentario, sobre lo que hasta hoy se conoce del ataque a San Juan de Puerto Rico, por una de las más considerables flotas enviadas por adversarios europeos contra los dominios españoles en América.

Una vieja librería de lance barcelonesa es la causa ocasional de este volumen dedicado a la expedición de Balduino Enrico. En mi afición a los estudios históricos y literarios he recorrido pacientemente las numerosas librerías que en la ciudad condal contienen aún la promesa de un libro inesperado, deleite del erudito investigador o del bibliógrafo enamorado. En una de ellas vino a mis manos esta curiosa «Historie ofte Iaerlijck Verhael van de verrichtighen der Geoctroyerde West-Indische Compagnie, zedert haer begin tot het eynde van’t jaer sesthien-hondert ses-on-derich, Leyden, 1644, no traducida aún al castellano y que es de un interés extraordinario para considerar, desde opuesto campo.

aquella célebre empresa de la que, con orgullo, puede jactarse nuestra patria.

El verdadero objeto, pues, de este volumen, es dar a conocer, en fiel traducción, los fragmentos de esa extensa y notável obra que se refieren a la expedición militar de Balduino Enrico contra la ciudad de San Juan de Puerto Rico, hecho de armas ocurrido en 1625. La publicación por primera vez de esos fragmentos, se halla completada con la interesante versión de origen español, que ha dejado el licenciado Diego de Larrasa y con algunos comentarios y observaciones que, con la brevedad que impone lo limitado del asunto, haríamos en este estudio. Para mayor claridad dividiré los asuntos a tratar en estos comentarios en tres partes: 1.º — Referencia de la obra de Juan de Laet; 2.º — Consideraciones sobre el momento en que se produce el ataque holandés; 3.º — Juicio sobre el valor y consecuencias de la empresa de Balduino Enrico.
FERNANDO J. GEIGEL

Cuando en mis recuerdos de infancia evoco, en esa plenitud de la visión directa, atenuada y esfumada por el tiempo, los lugares donde mis bravos conciudadanos rechazaron de modo heróico la invasión holandesa, experimento la doble emoción del aficionado a la historia y del patriota. El relato de Juan de Laet no hace sino corroborar la íntima devoción, sentida desde los días de la infancia, hacia la escasa y desprovista gente que supo defenderse contra fuerzas muy superiores, consolidando el prestigio del pabellón español en las aguas antillanas.

II

Después de separarse Holanda definitivamente de la corona de España, la cautelosa y hábil política del Príncipe de Orange buscó y halló punto vulnerable en el coloso español que entonces reunía aun a sus dominios los inmensos de Portugal. Holanda comprendió, desde el primer momento, que únicamente por mar tenía algunas probabilidades de lucha contra el poder grandioso que representaba la monarquía española. La creación de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, respondió al doble criterio de buscar un desarrollo comercial y, por otra parte, perjudicar y destruir, en cuanto posible fuera, las posesiones españolas y portuguesas en América y Africa.
Cuando en mis recuerdos de infancia evoco, en esa plenitud de la visión directa, atenuada y esfumada por el tiempo, los lugares donde mis bravos conciudadanos rechazaron de modo heróico la invasión holandesa, experimento la doble emoción del aficionado a la historia y del patriota. El relato de Juan de Laet no hace sino corroborar la íntima devoción, sentida desde los días de la infancia, hacia la escasa y desprovista gente que supo defenderse contra fuerzas muy superiores, consolidando el prestigio del pabellón español en las aguas antillanas.

Después de separarse Holanda definitivamente de la corona de España, la cautelosa y hábil política del Príncipe de Orange buscó y halló punto vulnerable en el coloso español que entonces reunía aun a sus dominios los inmensos de Portugal. Holanda comprendió, desde el primer momento, que únicamente por mar tenía algunas probabilidades de lucha contra el poder grandioso que representaba la monarquía española. La creación de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, respondió al doble criterio de buscar un desarrollo comercial y, por otra parte, perjudicar y destruir, en cuanto posible fuera, las posesiones españolas y portuguesas en América y África.
Cuando en mis recuerdos de infancia evoco, en esa plenitud de la visión directa, atenuada y esfumada por el tiempo, los lugares donde mis bravos conciudadanos rechazaron de modo heróico la invasión holandesa, experimento la doble emoción del aficionado a la historia y del patriota. El relato de Juan de Laet no hace sino corroborar la íntima devoción, sentida desde los días de la infancia, hacia la escasa y desprovista gente que supo defenderse contra fuerzas muy superiores, consolidando el prestigio del pabellón español en las aguas antillanas.

Después de separarse Holanda definitivamente de la corona de España, la cautelosa y hábil política del Príncipe de Orange buscó y halló punto vulnerable en el coloso español que entonces reunía aun a sus dominios los inmensos de Portugal. Holanda comprendió, desde el primer momento, que únicamente por mar tenía algunas probabilidades de lucha contra el poder grandioso que representaba la monarquía española. La creación de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, respondió al doble criterio de buscar un desarrollo comercial y, por otra parte, perjudicar y destruir, en cuanto posible fuera, las posesiones españolas y portuguesas en América y Africa.
La Compañía se inició con un capital de 7,108,161 florines que se elevó, bien pronto, a 18,000,000. Esta compañía estaba subvencionada por los Estados Generales, y además, en caso de guerra, se comprometía a ayudarla con diez y seis navíos y cuatro yates, siempre que la Compañía equipase una flota de igual número y calidad que la que el Estado ponía en su ayuda.

Según dice Netscher, la Compañía estaba formada por cinco Cámaras o Secciones, a saber: Amsterdam, Zelandia, Rotterdam, Hoorn y Frisia y Groninga. Parece, sin embargo, que la Compañía deseaba un mayor auxilio de los Estados Generales y tal parece ser uno de los principales móviles que impulsaron a Juan de Laet a escribir estos minuciosos y documentados «Anales», exaltando, como es natural, los grandes servicios prestados por la Compañía y los daños ocasionados a su poderoso enemigo.

Juan de Laet, autor de estos «Anales» y persona indudablemente capacitada para escribirlos con exacto conocimiento de causa, por haber desempeñado la dirección de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, utilizó, según dice él mismo, con la mayor escrupulosidad los datos, de indudable valor histórico, que constituyen casi íntegramente estos «Anales». Ateniéndose a un estricto método cronológico, Juan de Laet basa principalmente su narración en los diarios de navegación y testimonios de los navegantes de diversa categoría que estuvieron al servicio de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, en sus luchas contra españoles y portugueses en América y África. Era Juan de Laet un escritor distinguido que había publicado ya su «Descripción de la América o Nuevo Mundo» (*) y, estando publicados con

(*) «Nieuwe Wêreld ofte Beschrijvinghe Van West-Indiëns Leyden, 1626» de la que se hizo en 1633, una edición en latín bajo el título: «Novus Orbis seu descriptiöns Indias Occidentalis. Libri XVIII. Leyden, y en 1640 una edición francesa de la cual tradujo Don Ale-
posterioridad, estos «Anales», derraman viva luz y completan muchos de los tópicos en aquella obra tratados, claro es que siempre dentro de los errores y prejuicios naturales a la época en que Laet escribía.

Estos «Anales» tienen un considerable valor como fuente histórica, para los sucesos ocurridos en el Brasil y las Antillas durante el reinado del monarca español Felipe IV, en el transcurso del cual se verifica el importante acontecimiento histórico de la separación definitiva de Portugal y España. Según el mismo Laet, las opiniones estaban divididas en el seno de la Compañía sobre las operaciones navales y militares que podían realizarse con mayor fruto, y al fin parece que prevaleció la de atacar primeramente las posesiones portuguesas, considerándolas tal vez, más débiles, y más socavadas por la propaganda separatista.

Jandro Tapia unos fragmentos que insertó en su «Biblioteca Histórica de Puerto Rico».
Solo un portorriqueño puede comprender, en toda su emoción y su grandeza, lo que era la sociedad isleña en la época de la audaz y fracasada empresa de Balduino Enrico. Aun acudiendo a los más antiguos testimonios históricos de la vida borinqueña, se advierte la gradual despoblación de la isla; la indiferencia de la metrópoli ante las repetidas incursiones y manifestaciones de piratería que asolaban sus costas; su inconcebible subordinación a las fuerzas y autoridades que en la Española y Cuba, procuraban desentenderse de la natural atalaya antillana que es Borinquén, dejando a cargo de la reconocida bravura de sus habitantes, descendientes en su mayoría de
los pobladores, la defensa de la isla de ideal situación estratégica, que constituye tanto en el campo militar como en el económico, la verdadera llave de las Antillas y la base lógica de cualquier clase de operaciones de índole naval y militar que quieran acometerse en aquellos mares.

Como el objeto de este libro es un hecho militar, vamos a tratar de juzgarlo, dentro de una objetividad de juicio, en ese aspecto y considerando las circunstancias de ambiente y medios efectivos que poseía en aquella época la isla de Puerto Rico para defenderse de una invasión extranjera. Aunque la claridad de nuestro propósito tropiece con una deficiencia documental, no podemos negar que la obra de Juan de Laet, en lo que se refiere a este hecho concreto, aporta valiosos elementos de juicio a la empresa que tan honda impresión ha causado siempre en los valientes insulares, repercutiendo en los peninsulares que han podido apreciar de cerca, la tradición

**BALDUINO ENRICO**

y las condiciones de la vida portorriqueña.

Desde el punto de vista militar, Puerto Rico había mejorado, ciertamente, las condiciones en que se hallaba cuando la dura empresa del conde de Cumberland, pero sin las oportunas medidas y veterano espíritu del nuevo gobernador D. Juan de Haro, es más que probable que los holandeses hubieran tenido un momento éxito en su empresa, al modo como anteriormente lo habían obtenido en la rica ciudad de Bahía en los dominios portugueses en el Brasil. (1)

En la obra de Laet puede apreciarse, con vigorosa claridad, el verdadero propósito que inspiraba a ingleses y holandeses al enviar sus

---

(1) La empresa de los holandeses contra Bahía tuvo al comienzo feliz éxito, apoderándose de tan importante plaza, pero después de la muerte del gobernador, coronel van Dorth y de la desdichada gestión de sus sucesores, los hermanos Schouten, terminó en un desastre para los de Holanda. Cuando la flota de Balduino Enrico llegó ante Bahía, se encontró con la sorpresa desagradable de queondeaba allí de nuevo la bandera española. Después de varias operaciones de escasa importancia, el general holandés hizo rumbo hacia las Antillas.
expediciones navales y militares a los domini- 
nios españoles en América. Era ese objetivo 
arruinar la hacienda española, disminuyendo,
en cuanto posible fuese, los ingresos cuantio-
sos que del Nuevo Mundo recibía la metrópoli
y paralizando, así, los más vitales organismos
de la inmensa y batalladora monarquía regen-
tada por la Casa de Austria. De la exacta vi-
sión política de tales intentos, da fé la realidad
del ocaso del poderío español, tan temible
aún en tiempos de Laet, y la total ruina de su
dominación en América, que ni aun pudo ob-
staculizar el ensayo de resurrección naval y mi-
litar que, con mucho acierto, intentaron los
ministros de Fernando VI y Carlos III. Esta
obra de Laet tiene un interés de primer orden
para la historia de las Antillas, en cuanto con-
tribuye a revelar que aquel fué, tal vez, el
principal teatro de los esfuerzos realizados
por las potencias protestantes para abatir el
colosal poder de la corona de España, arre-
batando e inutilizando los tesoros que con-

tribuían a mantener en Europa, la política
hegemónica de España.

Todos los historiadores de Puerto Rico, co-
menzando por fray Inigo Abbad, están con-
formes en apreciar la escasez de medios de
que disponía Don Juan de Haro en el momen-
to del ataque de Balduino Enrico (2). Es indudable que sin las dotes militares del caudillo
español y el arrojo de sus subordinados, espe-
cialmente los capitanes Amézquita y Botello,
los holandeses hubieran triunfado y, dada su
finalidad corsaria, convertido tal vez a Puerto
Rico en una nueva Tortuga, con gravísimo
daño para la influencia e intereses de las tie-
erras americanas de habla española. (3)

(2) Sobre la genealogía y servicios del Gobernador
Don Juan de Haro, puede consultarse lo publicado por
el general Ortega en el libro «Lealtad y Heroísmo de la
isla de Puerto Ricos, colección de trabajos de diversos
autores, que apareció en 1897. Tip. «Boletín Mercantil».San Juan, en el centenario del sitio de Puerto Rico por
los ingleses de Abercromby y Harvey, importante y glo-
rioso hecho de armas acuñado en 1787.
(3) Uno de los caudillos filibusteros de la Tortuga,
Beltrán Ogerón, tuvo la audacia de intentar un ataque
Era tal la despoblación de la isla que Fray Íñigo Abbad dice textualmente: «Se fortificó el castillo del Morro que se había comenzado de orden del Señor Felipe II, se envió alguna tropa, armas, municiones y artillería y se provo+yó de cuanto convenía para su defensa y para que volviesen a ella los indios naturales que se habían retirado a las otras contiguas.» (4)

En líneas generales, España no había seguido una política naval de continuidad y energía en sus posesiones antillanas, ocasionando la destrucción de los indígenas y el retraimiento de los colonos que no consideraban muy seguras sus vidas y haciendas. Enemigos menos temibles que los holandeses eran los caribes y sin embargo, durante una centuria los borin-

contra la isla de Puerto Rico, saliendo escaramuzado de la empresa. Este Ogeron parece que rigió en la Tortuga entre los años 1665 a 1679.

(4) «Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, por Fray Íñigo Abbad y Lasierla, anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por José Julián de Acosta y Calbo.»—Puerto Rico—1866.

queños vieron aparecer con harta frecuencia las largas piraguas tripuladas por los broncíneos y feroces habitantes del archipiélago Caribe, y cada una de estas frecuentes apariciones dejaba un rastro de incendio, devastación y sangre. Y esto sin mostrarnos convencidos de su atribuida antropofagia. En tan largo espacio de tiempo poco había realizado la metrópoli para impedir esos cruentos merodeos, con el consiguiente perjuicio para la población y desarrollo económico y militar de la codiciada Borinquen.

Eran, pues, muy débiles y desfavorables, las condiciones en que un gobernador que aún no llevaba un mes ejerciendo sus funciones, se hallaba para resistir el fuerte ataque de una armada considerable, bien artilillada y con un numeroso y escogido cuerpo de desembarco. Esa inferioridad fue suplida con ventaja por el heroísmo y previsión de Don Juan de Haro y las tropas a sus órdenes.
IV

¿Qué juicio, en su realización y consecuencias, nos merece la expedición de Balduino Enrico? (5). Como al lado de los fragmentos de Juan de Laet, insertamos la relación oficial del licenciado Diego de Larrasa, nuestros lectores pueden cotejar ambos originales, examinando dos versiones de dicha empresa que por ser una holandesa y la otra española, pueden permitir imparcialidad en el juicio de este singular hecho de armas, considerado por muchos como el más importante de la historia militar de Puerto Rico.

Al verificar ese cotejo minucioso, no hemos podido menos de hacer algunas reflexiones sobre el ambiente y manera en que los sucesos se desarrollaron.

Se observa, ante todo, una coincidencia en lo esencial de dichos relatos, que incluso se extiende a muchos de los detalles mencionados por ambos, de manera que esa fundamental coincidencia nos permite aproximarnos mucho a la verdad de cómo los hechos se desenvolvieron. En cambio, hemos de buscar subjetivamente la explicación de algunos hechos y muy especialmente lo que podríamos llamar «cachaza» de los holandeses en la manera de llevar a cabo un golpe de mano que parecía concebido con gran audacia y energía. Laet tiene el defecto de que su forma estrictamente narrativa, cual si fuera un simple diario de anotaciones sobre lo ocurrido en la flota de Enrico, no arroja mucha luz sobre el carácter, psicología y móviles de los principales personajes que aparecen en su relato; menos aún de

su historial y antecedentes. Del propio Balduino Enrico se limita a decir, al dar cuenta de la organización y composición de la armada: «fue nombrado general el bravo Boudevijn Hendricksz, borgomaestre de Edam y por almirante Andries Veron». Esta parquedad dificulta nuestra reconstrucción del personaje y nos limita el campo de visión para juzgar de su capacidad como militar y navegante.

Hemos dicho que el plan de Balduino estaba concebido con audacia y energía, y así se desprende de la misma relación del licenciado Larraza: «El, sin embargo, con la resolución que traía, se entró por él (el puerto) tan a salvo y seguro como si fuera por uno de los de Olanda y Zelanda». Es decir, que el primer empuje pareció muy resuelto a los mismos españoles, pero mientras Larraza atribuye esto a la escasez y deficiencia de cañones y buenos artilleros, Laet considera al castillo del Morro como bien artillado y defendido. Si teniendo
esa idea, Balduino se atrevió a entrar con toda su flota en el puerto, ¿cómo después no prosiguió con más actividad y energía las operaciones?

El relato de Laet no deja lugar a dudas sobre la muerte de Balduino, ocurrida cuando navegaba frente a las costas de Cuba con la intención de hacer a los españoles alguna valiosa presa. Tampoco se refiere para nada al supuesto desafío de Balduino con Amézquita. Quien murió en una de las sangrientas refriegas fue el capitán holandes Vseel, según refiere el propio Laet. Es indudable que pudo crearse o exagerarse la versión de un desafío singular, dada la fuerza de las tradiciones caballerescas, que admitan esos combates cuerpo a cuerpo ante el silencio y expectativa de los ejércitos contendientes, que esperaban el desenlace de la ruda pelea personal de sus caudillos.

Un hecho importante que se deduce del relato de Laet, es que la disciplina, sobriedad y moral de los holandeses, dejaba mucho que desear. No sólo tuvo que ordenar fueran vaciadas las barricás para que los soldados no se embriagasen, sino que atribuye a la ebriedad de un oficial de categoría, el capitán del Nieuw-Nederlant, la pérdida del fortín que tanto influyó en el ánimo de los sitiadores para levantar el sitio. También a indisciplina atribuye Laet, la total pérdida del hermoso navío Medenblick, ocurrida al emprender la retirada la flota de Balduino Enrico. (6)

No es pues aventurada la reflexión de que comparando los efectivos y armamentos de ambos enemigos, opinemos que en el ataque a San Juan de Puerto Rico, no demostró el general holandes un talento militar de primera clase. Sus pérdidas fueron superiores a las es-

(6) Los datos exactos sobre el Medenblick, en el momento de ser equipado por la Compañía de las Indias Occidentales, son los siguientes: Este buque fue equipado por la Cámara del Norte; desplazaba quinientas quarenta toneladas, estando artillado con ocho piezas de bronce y veinticuatro de hierro; su tripulación era de noventa y dos marineros y treinta y cuatro soldados.
pañolas y la mayoría de sus buques, incluso el almirante, quedaron tan maltrechos y destrozados, que tuvieron que refugiarse en la bahía de San Francisco, en el extremo occidental de la isla. (7)

Don Juan de Haro fué, al contrario, modelo de previsión, serenidad, valor y espíritu de ofensiva, bien secundado por sus esforzados compañeros.

(7) Se refiere sin duda Laet a San Francisco de la Aguada, paraje adecuado para que reparase su armada antes de emprender la travesía a la Española y desde allí a las Antillas menores y mar Caribe.

La obra de Laet—dividida en trece libros, que contiene la narración de los hechos de la Compañía durante otros trece años—es sumamente extensa y a través de sus páginas aparecen numerosas indicaciones sobre el carácter corsario de las expediciones holandesas, enemigas, como es consiguiente, del culto católico. En la parte que reproducimos y se refiere a Balduino Enrico, podemos advertir algo de esto, pero de otros pasajes de la obra nos es factible apreciar algunos curiosos y pequeños detalles que corroboran nuestra afirmación.

Algunos de los oficiales más notorios de la flota de la Compañía, llevaban apodos, que no dejan nada que desear a los más famosos en la
historia de la piratería. Así vemos aparecer un tal Hendrick Jacobsz, llamado «capitán Lucifer» que era calificado por los suyos de «valiente lobo de mar». Laet lo menciona en varios pasajes y en 1627, aparece ya como jefe de una flota con el grado de almirante. El navío de su mando era el Ter-Vere.

Aunque los apodos fueran cosa corriente en la marina de Holanda, el calificativo de «Lucifer» aplicado a este marino, no hace suponer que tuviera virtudes franciscanas, ni demasiados escrúpulos de conciencia.

Otro célebre apodo fue el del capitán Cornelis Cornelisz Jol, conocido por «Pata de palo» por haber perdido una pierna en un combate naval. Sobre este curioso personaje puede consultarse: «Muerte de Pie de Palo. Segunda Relación y muy copiosa de una carta que envió el Señor Duque de Medina a la Contratación de Sevilla.—Madrid.—Antonio Duplas-tre.—1638». (Segundo informe enviado a Madrid por el duque de Medina Sidonia anun-
VI

Antes de terminar estos breves comentarios y sugerencias provocados por la lectura del libro de Laet, solo me queda dedicar un recuerdo a los que en ocasión del aniversario de aquella memorable empresa, (1925) publicaron importantes trabajos histórico-literarios, recordando a los héroes de la defensa de Puerto Rico contra el asedio holandés.

Ya anteriormente, en 1897, al celebrar la ciudad la también merecida conmemoración de la defensa contra los ingleses en 1797, diversos autores dedicaron acertados estudios al anterior sitio del general Balduino Enrico, poniendo en parangón ambos gloriosos hechos de armas.

Cabe mencionar entre ellos al general Don
Ricardo Ortega, Segundo Cabo de la Isla, por su estudio sobre Don Juan de Haro, los trabajos de Coll y Toste, Neumann, Echeverría y otros, que han contribuido a rectificar los naturales errores que en la historia escrita por Fray Isidro Abbad, fundamental para la historia de Puerto Rico, no dejan de ocurrir con harta frecuencia, si bien fueron ya en su mayoría analizados y corregidos por la docta pluma de Don José Julián de Acosta.

La sensación de realidad, de vida, de aquello remoto episodio de nuestra historia, nos ofrece la narración detallada de Juan de Laet, semejante a un verdadero libro de viajes, creemos ha de despertar honda vibración en el espíritu de aquellos conciudadanos, que por su profesión, afición o estudios, han tenido ocasión de leer cuanto se lleva escrito sobre el pasado de Borinquen, bello nombre indígena de nuestra isla azul.

PARTE SEGUNDA

FRAGMENTOS DE LA OBRA

Historia o Anales de los Hechos de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, desde su comienzo hasta fines del año 1636 (Historie ofte Iaerlijck Verhael van de verrichtingen der Geoctroyerde West-Indische Compagnie, zedert haer begin tot het eynde van’t jaer seestien-bondert ses-en-dertijhs, Leyden, A. Elsevier, 1644).

POR

JOANNES DE LAET ANTWERPIANUS

Traducida por primera vez al castellano

POR

FERNANDO J. GEIGEL SABAT
PARTE SEGUNDA

FRAGMENTOS DE LA OBRA

Historia o Anales de los Hechos de la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, por Joannes de Laet.

I

Privilegio concedido por las Nobles y Altas Potencias de los Señores Estados Generales, a la Compañía de las Indias Occidentales, con fecha de 3 de Junio de 1621.

Con la ampliación del mismo y acuerdo entre los Directores y principales accionistas de la Compañía, hecho con la aprobación de dichos Estados Generales.

Los Estados Generales de los Países Bajos Unidos, a cuantos vieren u oyeren la presente: salve! Hacemos saber: que considerando que el progreso de este país y la prosperidad de sus habitantes consiste, principalmente en la navegación y comercio, que desde tiempo inmemorial se han extendido a todos los países y reinos;

43
Y como deseamos no solo que esos habitantes conserven la navegación, el comercio y las profesiones que ya ejercen, sino también que aumenten el tráfico en cuanto sea posible, especialmente en conformidad con los tratados, alianzas, pactos y ajustes, que se han hecho sobre el comercio y navegación con otros principes, repúblicas y pueblos, que entendemos deben ser puntualmente mantenidos y observados en todas sus partes; y sabiendo, por experiencia, que sin el auxilio, asistencia y medios de una Compañía General, no pueden ser llevados a efecto, defendidos y mantenidos eficazmente en las regiones abajo mencionadas, debido al gran riesgo de la piratería, extorsiones, etc., a que tan grandes viajes están sujetos:

Resolvemos, por lo tanto, atendiendo a varias y diferentes razones y consideraciones sólidas, después de madura deliberación y por motivos urgentes, que la navegación, tráfico y comercio, en las regiones de las Indias Occi-
dentales y Africa y otras que van abajo enumeradas, no se haga en otra forma que por el esfuerzo unido y general de los comerciantes y habitantes de este país, y con ese fin sea organizada una Compañía General, la cual por especial afecto al bienestar público y para conservar a los habitantes en el buen comercio y prosperidad, mantendremos y fortaleceremos con nuestro auxilio, favor y asistencia, en todo cuanto el estado y presentes grandezas, de cualquier forma, pudieran permitir, y para ello proveemos con la conveniente concesión y los privilegios y exenciones que siguen:

... ... ... ... ... ...

Dado bajo nuestro gran sello, rúbrica y firma del Oficial de los Registros de la Haya, a 3 de Junio de 1621. Estaba rubricado: J. Magnus w.t Abajo se leía: Por orden de las Nobles y Altas Potencias de los Señores Estados Generales. Firmado C. Aerssen. Estaba prendido el sello de lacre rojo sujeto a un cordon de seda blanca.
Joannes de Laet
1593 - 1649

Autor de la obra "Historie Ofte Iselijck Verhael van de verrichtinghen der Geoctroyeerde West-Indische Compagnie."
II

A LAS NOBLES Y ALTAS POTENCIAS DE LOS SEÑORES ESTADOS DE HOLANDA Y FRISIA OCCIDENTAL

Muy Nobles y Poderosos Señores.

La mayor parte de los recursos que, durante tantos años, permitieron al rey de España perturbar la paz de todo el mundo, especialmente de la cristiandad, y hostilizar tan fuertemente estas Provincias Unidas, provenieron principalmente de sus riquísimas posesiones en América. Es notorio que de aquellos países sacó España anualmente enormes riquezas en oro y plata. Lo que otros reyes y potentados en varias ocasiones y con intención de gue-

47
realizaron las Provincias Unidas, con todo y ser las últimas y no siendo entre el número de los enemigos las que menos embarazaron y perjudicaron a sus rentas.

Desde que fué fundada y comenzó a funcionar la Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, pudo apreciarse cuanto disminuían los caudales y rentas de aquel rey y como menguaba su antiguo poderío. Y actualmente pone de manifiesto la debilidad de aquel gran reino, cuerpo del que ya penden inertes los brazos, abatido por un tan humilde adversario. Dejose dominar por el miedo un potentado que a todos los demás inspiraba terror. Esta breve relación de los hechos anuales de la Compañía de las Indias Occidentales, que someto a Vuestras Nobles y Altas Potencias, dará testimonio de ello. La conquista de tan vastas y ricas regiones arrebatadas al rey de España, la pérdida de enormes tesoros, la captura y destrucción de muchos navíos, la ocupación y destrucción de muchas plazas fuertes, y todo ello realizado por una débil Compañía, demuestra suficientemente lo que habría podido conseguirse con mayores recursos.

Dejo a la sabiduría de Vuestras Nobles y Altas Potencias el considerar el interés que debe inspirarles esta Compañía y la conveniencia de auxiliarla constantemente, evitando que se deshaga o debilite por falta de medios; ya que para el enemigo capital de Vuestras Altas y Nobles Potencias y sus súbditos, no habría noticia más agradable que ver destruido aquel obstáculo. No hay, finalmente, medio más expedito y seguro de hacer entrar en razón al enemigo, que guerrereando continuamente en América y suprimiendo de este modo la fuente de sus mejores rentas, para lo que no ha de faltar a la Compañía celo y capacidad, siempre que el gobierno se digne tenderle la mano.

Aun he de referir mayores acciones que, con el divino auxilio, fueron realizadas en los siguientes años, de las cuales haré otra narra-
ción si este modesto trabajo fuese agradable a Vuestras Nobles y Altas Potencias.

Dios Todopoderoso, que con su gracia ha defendido y cubierto de bendiciones este Estado durante largos años, ha de proteger cada vez más el gobierno de Vuestras Nobles y Altas Potencias, como incesantemente le ruega el humilde servidor de Vuestras Nobles y Altas Potencias

JUAN DE LAET

En Leyden, a 8 de Septiembre del año 1644.

III

 PRIVILEGIO

Los Estados de Holanda y de la Frisia Occidental, por la presente han de dar y dan licencia y concesión a Juan de Laet, vecino de Leyden, para que en el plazo de los doce siguientes años, pueda él solamente en el territorio de Holanda y Frisia Occidental hacer imprimir y publicar la obra titulada «Anales de los Hechos de la Compañía de las Indias Occidentales», contenida en trece libros y adornada con diversos grabados para mejor inteligencia de dicha obra o Historia.

Y prohibimos a todos y cada uno de los habitantes de estos países, el imprimirla y publicarla directa o indirectamente, en todo o en parte, en formato pequeño o grande y en cual-
quiere lengua, o introducirla impresa en cual-
quiera otra parte para nuestros territorios de
Holanda y Frisia Occidental con el fin de ser
vendida y publicada, bajo pena de confisca-
ción de tales ejemplares impresos o libros, y a
más el pago de una suma de 300 libras fla-
 mencas, de la cual se aplicará una tercera par-
te en beneficio del oficial que inicie el proceso,
otra en favor de los pobres y la restante en
beneficio del mencionado Juan de Laet.

Y para que el solicitante pueda disfrutar de
esta nuestra licencia y concesión, etc.

Dado en la Haya y confirmado con nues-
tro gran sello aquí puesto, el 29 de Julio del
año de Nuestro Señor de 1644.

J. DE WASSENAER v. t.

Por autorización de los Estados

H. VAN BEAUMONT

TOT LEYDEN,

Py Bonaventur ende Abraham Elievier, ANNO 1644.
Met Privilegij.

Facsimil reducido de la portada de la "Historie ofte
Iaerlijck Verhael..."
FUÉ designado como general el bravo Bou- 
duwijn Hendricksz, burgomaestre de Edam, 
y como almirante Andrés Veron (1).

(1) Cuando la Compañía de las Indias Occidentales 
equipaba una flota importante, daba de ordinario al co-
mandante en jefe el título de General, el cual tenía a 
sus órdenes un almirante y un vice-almirante. En cada 
escuadra de la Compañía, por poco numerosa que fuese, 
uno de los capitanes de navío tenía el título de Coman-
dante o almirante, y otro el de vice-almirante. Estos tí-
tulos dados por la Compañía, eran por completo indepen-
dientes de los cargos conferidos, con nombramiento de los 
Estados Generales, a los Oficiales que estaban al servi-
cio del almirantazgo del Estado. Veremos, por ejemplo, 
que Piet Heyn, honrado varias veces con el título de Ge-
neral y Almirante por la Compañía, fué nombrado en 
1628 Teniente-Almirante al servicio del Estado. (Net-
scher).
FRAGMENTO DEL SUMARIO DEL LIBRO SEGUNDO

Se hacen a la vela las frotas del almirante Lam y el general Boudewijn Hendricksz.—Zarpa la armada española al mando de D. Fadrique de Toledo.—Sus fuerzas. —Llega a Santiago y continúa para Bahía donde entra.—Pone cerco a la ciudad.—Los nuestros hacen una salida y dan muerte a algunos oficiales y soldados.—Don Fadrique refuerza sus cuarteles.—Nuestro coronel es abandonado, despreciado y por fin depuesto por su gente, que elige a otro para sustituirlo.—Se trata con el enemigo, conviniéndose las condiciones y haciendo entrega de la plaza.—Salida de Texel del general Boudewijn.—Relación de los navíos que le acompañan.—Llega a las costas del Brasil.—Se encuentra al yate Vosken, que había tomado dos navíos, perdiéndolos después; da la nueva de que la armada española estaba fondeada en Bahía.—El general encuentra que ha sido tomada la ciudad.—Avisa la flota española, pero comprendiendo que no podría hacer nada vuelve a tomar rumbo hacia alta mar.—Es seguido por la flota española.—Navega hacia el morro de San Pablo poniéndose en su observación.—Carecen de agua y muchos caen enfermos.—Se apodera de un barco costero.—Hace rumbo hacia el norte.—Llega a Parahyba, donde procura entrar.—El navío del almirante Ve- ron encalla en un banco.—El general sigue con la arma- da hacia la bahía de la Tralción.—Aspecto de esta ba-
hía.—Hace una excursión por tierra y otra por mar.—
Los indígenas de esta región se alían con los nuestros.—
Hay una pelea con los portugueses que son derrotados.—
Visita al río Mamanguape. Durante la noche hacen
otras expediciones.—Delibera sobre lo que conviene ha-
cer ulteriormente y resuelven partir.—La flota se divi-
de.—El Voaken queda en la costa del Brasil; lo que ha-
ce.—Toma un pequeño navío con cargamento de vinos y
después otros dos.—Continuación del viaje del general
Boudewijn Hendrikksz.—Llega a Bekia y San Vicente.
—Parte y cae un fuerte temporal.—Llega a la isla
Virgen Gorda que hace observar.—Se pierde el navío
Vissinghcn.—El general entra en Puerto Rico.—Huyen
los de la ciudad; los nuestros la toman y enseñoreanse
de la isleta.—Cercan y bombardean el castillo.—Se infa-
ma la rendición al enemigo, pero indígenas.—Salidas
del enemigo.—Los nuestros pierden hombres y bajeles.—
No podiendo rendir el castillo, el general decide partir.
—Los nuestros se embarcan e incendian la ciudad y los
navíos enemigos.—Salen todos los navíos menos el Me-
denbloc, que se pierde.—El general sigue hacia el ex-
tremo occidental de la isla.—Es tomado un pequeño bar-
co español.—Algunos navíos son enviados a Santo Do-
mingo y dos con el botín a la República.—Partida de la
flota.—A pesar de un barco.—Regreso al puerto de
San Francisco en el extremo occidental de Puerto Rico.
—Continuación del viaje del almirante Veron.—Se ex-
tiende entre la tripulación la disentería.—No puede avan-
zar hacia el sur.—Llega a Sierra Leona donde encuen-
tra al Almirante Lam.—Parten para la costa de Guinea.
—Se malogra la empresa contra el castillo de la Minz.—
La flota fondea y hace aguada en el río Gabon, hasta
fin de este año.

FRAGMENTOS DEL LIBRO SEGUNDO
1625

El general Boudewijn Hendrikksz partió fi-
nalmente de Texel a la entrada del mes de
Marzo con ocho navíos, a saber: Roode Lee-
wu, Omlandia, Medenblick, Blaeuwe-Lee-
wu, Valck, Meulen, Geele-Sonne y Neuw-
Nederland. El 4 encontró en la isla de Wight
a su vice-almirante Adrian Claesz, con los dos
yates Post-paerdt y Duuyken. El 9 se le juntó
también el almirante Andrés Veron con un na-
vio y un yate. El 17 partió el general de la isla
de Wight con quince navíos y de Plymouth
partieron dieciocho de la armada del almiran-
te Lam. A fines de Abril pasaron la línea
(pues el general no quiso detenerse en ningu-
na parte con objeto de llegar cuanto antes a
Bahía) y después de muchas calmas, de una
marcha lenta y de haber enfermado mucha gente; el 23 de Mayo, estando a la altura de 14° y 20° o 30°, dieron vista a la costa del Brasil. Al atardecer estaba el general próximo a tierra y durante la noche se hizo al largo otra vez. En la mañana del 24 volvió a aproximarse a tierra; vio una vela delante del río Tinhary (1) que no pudo alcanzar y al llegar la noche fondeó a unas ocho leguas al sur de Bahía y tres al norte de Tinhary, con trece brazas de agua y fondo de piedra. Al día siguiente encontró el yate Vosken (que fue enviado adelante para saber lo que sucedía en Bahía) y su capitán dió al general noticias de como el 9 de ese mes apresará un navío procedente de Portugal, cargado de víveres para la flota española, y el 12 otro, con cargamento de vi- nos, también para provisión de dicha flota, los cuales, sin embargo, volvieron a ser perdidos el 15, con diecinueve o veinte tripulantes de

(1) Parece que debe ser la isla de Tinharié.
en el orden previsto. Pero hacia la una de la tarde, al remontar la punta de la curva en que se halla la ciudad, vio el general, muy contra su voluntad, que tremolaba la bandera españaola en el baluarte de la ciudad de San Salvador y que los navíos del general y almirante enemigos, y todos los demás navíos de alto bordo, estaban fondeados al abrigo de las baterrías; vio también varios navíos desarbolados pegados a la playa y provistos de dos bandas de artillería. Entre los navíos enemigos ya más de veinte maniobraban, retirándose lentamente hacia las baterías, con la esperanza de atraer a los nuestros, a quienes no tenían ánimos de agredir y esperar. Al ver esto el general mandó arriar las velas de gavia y esperó al almirante Veron, con quien celebró consejo sobre qué debía hacerse en semejante coyuntura. Ambos resolvieron que no era acertado internarse hacia Bahía, pues era claro que el enemigo se había hecho dueño de la ciudad; la playa estaba llena de gente (los rendidos) y en la ensenada que forma la tierra, veíase muchos barcos de vivanderos con sus tiendas. Así pues, nuestra flota trató de ganar el mar, navegando con único rumbo. El general español la siguió con 37 o 38 de sus navíos de más porte. Nuestro general, después de caminar una legua hacia el sur, observó que la pleamar cogía a sus navíos hacia los bajos que demo-ran en la parte occidental de la bahía, lo que obligó a los nuestros a desplegar las velas mayores. Una vez pasados estos bajos, nuestro general dio la vuelta, saliendo al encuentro del enemigo, pero éste viró también de bordo en demanda de la ciudad. Uno de sus galeones tocó en los bajos, desarbolándose su palo mayor, que cayó sobre el casco quedando éste muy averiado. La marea también empujaba nuestros navíos, que navegaban como hemos dicho, hacia esos bajos, por lo que echaron anclas, teniendo desplegadas las velas y la costa a sotavento, todo ello no sin gran peligro; pero comenzando después la bajamar, los
nuestros se dieron de nuevo a la vela, sin haber sufrido daño. Al llegar la noche aun pudieron ver que la mayor parte de los navíos enemigos barloventaban cruzando cerca de las baterías. Y aun cuando los navíos enemigos fuesen más de cincuenta, los nuestros hubieran visto con gusto que salieran a la mar para poderlos acometer; pero parece que el enemigo no tenía intención de llegar a las manos con los nuestros, a menos que fuesen a buscarlos.

El general resolvió fondear, pero como había la madrugada apareciera cerca de la costa, a sotavento, la oportunidad de aprovechar la marea baja, se dio a la vela y navegó hacia el sur, que estaba libre, hasta ser de día. Al mediodía no estaba lejos de la punta del morro de San Pablo, adonde envió cuatro yates para que vieran si era posible que entrara allí la flota, si había fondadero capaz o bien si podían hallarse algunos refrescantes de los que estaban muy necesitados los enfermos. Al re-

gresar la gente de estos yates le dijo que el fondadero tenía capacidad para once o doce navíos, pero no para toda la flota, y que los navíos podían entrar a voluntad, pero que salir era, no obstante, más difícil, porque una vez dentro del puerto, era como estar dentro de una gruta. Después de mediodía viró el general y se dirigió al norte que estaba libre, encaminándose hasta encontrar San Antonio; volvió a virar de bordo haciendo rumbo al sur. A la siguiente mañana, estaba otra vez cerca de la punta del morro de San Pablo, porque a la noche apenas caminara; forzó las velas, pero el mar estaba agitado y parecía imposible alejarse de la costa; dió bordadas al nordeste, sin irse mar adentro, y cruzó cerca de la bahía, desde donde el enemigo podía ver fácilmente a nuestra armada. Comenzaba ésta a sentir la falta de agua; muchos enfermaron y algunos murieron. Habiendo navegado así todo el día, al atardecer el general estaba como a unas dos leguas sobre la punta de San
Antonio y volvió a dirigirse al sur. Al otro día hubo tormenta con tiempo muy oscuro, empujando de prisa el viento, pero hacia el mediodía comenzó a calmar. El general hizo señales para que se reuniera a bordo de su nave el consejo de guerra. El viento soplaba de la costa y no pudiendo utilizarlo se dejó ir hacia el sur y luego viró, encaminándose con rubio nordeste. Al otro día volvió a navegar siguiendo la derrota del sur y durante la noche la del este, con tiempo muy borrasco. El 2 de Junio apresó un barco de servicio regular cargado de harina y mandioca, que procedía de Pernambuco, por cuya tripulación supo que nuestra gente había tenido que entregar hacía algunas semanas, vergonzosamente, la ciudad de San Salvador. El 5 comenzó el viento a alargarse un poco, con lo que el general pudo echarse fuera, en la derrota este-nordeste. El 7 no estaba lejos de la costa, ante el río de San Francisco. Al día siguiente volvió a encontrar un tiempo muy duro y como resistiera
BA L D U I N O E N R I C O

ante dicho río, donde avanzan en el mar bajos y promontorios, corrió bastante riesgo. Esta tormenta duró uno o dos días y era para inspirar recelo el andar con la flota bogando con la costa a sotavento.

Privada la tripulación de víveres frescos, como mucho tiempo hacía, diariamente había defunciones y era tal el número de enfermos en algunos navíos que no se podía maniobrar el velamen. En la mañana del día 16 estaba la flota frente al cabo de San Agustín. El general envió el Goude Sonne hacia Pernambuco, para ver como iban por allí las cosas y si podía sorprender algún barco enemigo. Al día siguiente la armada cruzaba frente a la isla de Tamarica; corrió a lo largo de la costa y fondeó por la noche. Al otro día volvió a darse a la vela, deteniéndose a una legua a barvolento del río Parahyba, adonde el general dispuso que entrasen los navíos de adecuada flotación. Volvió a reunírsele el Goude Sonne, que el día 17 diera caza a un pequeño barco hasta
delante de Recife del Pernambuco, donde vio surtos unos treinta navíos, pequeños en su mayoría y sólo dos o tres de gran porte con los aparejos arriados. El 19, puesto que no hiciese muy buen tiempo, el almirante Veron en el navío del capitán Banker y uno o dos más, que calaban poco, acompañado por algunos soldados, siguió hacia el río Parahyba, pero al llegar ante él su navío tocó en seco y los otros, que aun estaban afuera, al ver esto anclaron en cinco brazas de agua, cerca de la costa a sotavento, pero con buen fondo. Inmediatamente el almirante Veron envió una chalupa para que sondease el río, al cual no encontró más que cuatro, cinco y seis pies de agua. El fuerte de Cabo Delo disparó contra nuestros navíos pero sin acierto en sus tiros. A causa del mal tiempo no fué posible desembarazar al navío este día. Al siguiente estuvo el tiempo muy duro y lluvioso, por lo que no se pudo hacer cosa alguna. El general comprendiendo que con navíos tan pesa-

dos no se podía estar con la costa a sotavento, decidió seguir con ellos hacia la bahía de la Traición, que está a cinco leguas al norte de Parahyba. Al siguiente mediodía se juntaron con él los demás navíos.

Esta bahía está situada a la altura de 6 gr. un tercio por la parte del sur, a una legua larga al norte del río Mamanguape, del cual salen unos arrecifes hasta delante de la dicha bahía. En estos arrecifes hay tres pasos por donde se entra en la bahía; entre el extremo septentrional de ellos y la playa hay un promontorio a cuyo lado se pasa, sea entrando o saliendo, pudiéndose fondeer tan adelante como se quiera y cuanto más adentro mejor, porque allí se encuentra fondo penetrante y aguas poco profundas. La tercera barra está en el extremo septentrional entre los mismos arrecifes pero sólo da paso a navíos pequeños y yates; las otras entradas dejan pasar navíos de gran porte y tienen seis, siete y ocho brazas de agua. Estos arrecifes quedan
sumergidos en la pleamar, pero en la bajamar se descubren y sirven de abrigo a los buques que fondean dentro de la bahía, porque en ellos rompe el mar. En tierra sólo se hallan algunas matas y una gran laguna que tiene de ancho un cuarto de legua y se prolonga por espacio de dos entre la playa y las tierras boscosas. Había en la orilla de esta laguna un pequeño poblado donde tenían los portugueses una capilla. El capitán Stapels se dirigió allí con una escolta, pero no encontró a los portugueses que habían huido, mas los indígenas que permanecían lo trataron muy amistosamente; encontró también en una casa treinta cajas de azúcar. En los dos siguientes días se construyó en tierra una trinchera y en el tercero barricadas para los enfermos. Los indígenas que habitaban en las tierras contiguas, vinieron a hablar con los nuestros y ofrecieron sus servicios contra los portugueses, de quienes soportaban mal el yugo. El 25 el capitán Boschuyten recibió la orden de hacer una expedición al interior, con sesenta soldados y algunos marineros, para procurarse provisiones para los enfermos, recomendándole mucho que no ofendiese a los indígenas amigos nuestros. Este capitán regresó el 19, trayendo una portuguesa, cuatro caballos y unas cien naranjas; vio muchos animales pero por estar muy alejados no los pudo traer. Al otro día fueron desembarcados todos los enfermos. A la entrada de julio, el capitán Swart fue enviado con ciento cincuenta soldados y el vicealmirante Jan van Dijcke con igual número de marineros, a una excursión en diez bateles y esquifes, acompañados de cincuenta indígenas armados de arcos y flechas. Esta gente regresó el 4 con cuatro animales muertos y algunos cocos; habían encontrado junto al río Manguape tres banderas de portugueses y no lo hizo muy bien en esta ocasión el capitán Swart, pues a no ser por los otros oficiales que se portaron mejor y de no acudir el
vice-almirante, nuestra gente hubiera tenido grandes pérdidas. Los nuestros tuvieron tres muertos y algunos heridos, pero llevaron la mejor parte y pusieron en fuga a los portugueses. Los indígenas tomaron una de sus banderas que rompieron inmediatamente en pedazos.

El 5 el capitán Boshuysen, fue enviado de nuevo con doce bateles y esquifes, en los que iban ciento sesenta soldados y muchos marineros e indígenas, para que remontase un poco más dicho río. Volvió el 8, habiendo subido el río Mamanguape, según su cálculo, como unas siete u ocho leguas; encontró algunas casas de portugueses pero no vió gente a no ser, tal vez, según su suposición, hacia el final del río, una partida de portugueses que al observar que nuestra gente desembarcaba, se puso en salvo, sin atreverse a esperar al enemigo, abandonando sus bagajes. De esta excursión trajeron diez y siete reses. Al otro día por la mañana, el capitán Stapels vol-

vió a remontar el mismo río, con doce bateles, regresando estos tres días después con siete reses; el capitán volvió por tierra con su gente y llegó el 13 a los cuarteles sin haber encontrado enemigos. El 19 el capitán Vzeel con una partida de soldados e indígenas hizo una expedición por el camino de Río Grande; encontró un ingenio con unas treinta cajas de azúcar y muy numeroso ganado, pero no pudo conducir éste ni aquellas, pues hubo de hacer un largo camino entre espesas breñas, como también dos o tres horas por agua. Llegó al campamento el 23, sin cosa alguna, salvo los indígenas que trajeron limones para los enfermos.

Deliberóse entonces un grave negocio—lo que cumplía hacer ulteriormente—. El general se encontraba muy embarazado, pues para intentar entonces alguna empresa contra el enemigo, no tenía orden expresa de la Asamblea de los 19, ni aun cuando la tuviese, podía escoger para comenzarla un lugar ade-
cuando (no se sabía aún cuáles eran las ventajas y capacidad del lugar) y en su pecho tenía ocultos otros designios; por otro lado, abandonar a los indígenas, que se apresuraron a unirse a él y creyendo que allí permanecería habían hostilizado tanto a los portugueses, era duro y represible. Al fin prevaleció este voto, es decir que era preferible emprender otros de los hechos que en cierto modo se les había encomendado y reservar, para sacar provecho de ellas en otra ocasión, las buenas disposiciones que aquí encontraron, y en cuanto a los indígenas confiar a ellos mismos que se guardaran como mejor pudieran. Los indígenas, sabiendo que los nuestros estaban resueltos a partir, quedaron también muy perplejos, pues suponían la suerte que les aguardaba, por ser muy cierto que los portugueses los habían de castigar y corregir; muchos procuraron irse con los nuestros, pero como no había para esto bastantes provisiones, solamente se aceptó a unos cuantos y forzosamente la mayor parte de ellos tuvieron que refugiarse en la manigua.

Reembarcada nuestra gente, salieron todos los navíos a la entrada del mes de Agosto y como no habían de seguir el mismo camino, volvieron a fondear fuera de la bahía, en quince brazas. El general Boudewijn Hendricksz escogió para navegar de conserva con él, diez y ocho velas, entre navíos y yates, a saber: Roode Leeuw, Witte Leeuw, Leyden, Blauwe Leeuw, Gulde Valk, Nieuw-Nederlandt, Hoope van Dordrecht, Geele Sonne, Kleyn Tyger, Utrecht, Hoorn, Medenblick, Gulde Molen, Vlissingen, West-Cappel, Goude Sonne y los navíos fletados Koninginne Hester y Jonas. Marcharon a Africa con el almirante Veron doce navíos; los demás habían de seguir ruta directa hacia la República o irían como corsarios por esos mares. Separáronse unos de otros el 4 y siguió cada cual para su destino. Antes, sin embargo, de referir lo que hicieron unos y otros, nos ocu-
paremos brevemente del Vosken que permaneció en las costas del Brasil.

El 26 de Julio, a la altura de 12° al sur, apresó un pequeño navío con cargamento de vinos, partido de la isla de Madera en demanda de Angola; lo tripularon con siete de los nuestros. El 11 de Septiembre capturó otro barquito, procedente de Pernambuco, a la altura de 13° al sur del trópico de Cancer, dejando en él nueve hombres, puesto que la tripulación tenía solamente treinta y seis. Por último, el 26 tomó además un navío, procedente de Bahía, con carga de azúcar y tabaco, a la altura de 28° al norte, dejando en él ocho hombres. El de Pernambuco, cuya carga fue transbordada, contenía treinta y tres cajas de azúcar, cinco fardos de tabaco, cueros y mercaderías; el de Bahía, que trajeron a Zelanda, contenía trescientas cincuenta y ocho cajas de azúcar, diez y ocho y media cajas de tabaco, doscientos nueve cueros, seis culebrinas y municiones de guerra.
Ahora seguiremos a general Boudewijn Hendricksz en su viaje. El 5 de Agosto abandonó esas funestas costas del Brasil, donde dejaba enterrados a cerca de setecientos de los suyos. El 14 envió hacia la República el yate Tertel-Duitsken, con objeto de que diese noticias de lo que había ocurrido hasta entonces. El 29 del mismo mes, habiendo llegado a las islas Caribes, se inclinó hacia Bekia o isla de las aves, entre Granada y San Vicente. En la noche del 30 fondeó en San Vicente, poniendo toda su diligencia en procurarse remedios para los enfermos que eran aún bastante numerosos, y para más fácilmente procurárselos dividió los navíos, situándolos en tres diferentes bahías, seis en cada una, puesto que así los salvajes mostrarían menos esquivez en ir a bordo. Bastante descansada la tripulación en esta isla y las vecinas, el general se dió a la vela el 10 de Septiembre, con viento norte fresco, siguiendo derrota al oeste; pero sobrevino una tormen-
ta tan fuerte, que su navío hubiera zozobra-
do, viéndose obligado a cortar el Palo Mayor y arrojarlo al mar. Los demás navíos no su-
friron menos, perdiendo también algunos los mástiles y abriéndose vías de agua con ame-
naza de írse a pique, separándose unos de
otros. Esta tormenta duró seguramente 24
horas; el viento giró en todos los rumbos, pero no sopló siempre con la misma furia, es-
tando algo más calmado hacia la mitad de ese tiempo. En la mañana del 11 el general se halló casi solo, pero a la tarde se le jun-
taron los navíos Leyden, Jonghe Tyger y
Nieuw-Nederland; los otros estaban juntos primeramente en número de trece y después de diez. El 12 el general dividió la isla Do-
minica, y después de algunos días de cal-
ma pútrida, el 19 llegó a la isla Virgen Gorda, donde encontró a tres de sus na-
víos. Aprovechó la ocasión para examinar la isla y observar si tenía alguna salina; pero no encontraron ninguna, ni un puerto con

BA\L\D\U\I\N\O\ \EN\R\I\C\O

bastante pendiente para los navíos y con fon-
deadero deseable. El 22 el general resolvió navegar hacia el oeste de esas islas, con obje-
to de procurar reunirse a los otros navíos que estaban diseminados; pero al otro día se le agregaron siete, de manera que tuvo en con-
serva todos los navíos, excepto el Geele Son-
ne, Goude Sonne, un navío fletado y el Vliss-
ingen. De este creyó el general que se había separado intencionadamente de la armada, pero es de creer que zozobró en aquella tem-
pestad; pues nunca volvió a saberse de él. Los capitanes de los demás navíos que, como hemos dicho atrás, eran en junto diez, cele-
braron consejo el 14 a bordo del Blaeuwe Leeuw, y como uno de los del consejo secreto dijera que había que esperar al general en el extremo oriental de la isla de San Juan de Puerto Rico, resolvieron ir allí.

Al siguiente día el general no estaba lejos de Puerto Rico, que era su objetivo, por lo que se preparó para navegar con su flota di-
rectamente hacia dicho puerto al otro día. El 25, el general yendo en cabeza con su navío, seguido de los demás en el orden establecido, se dirigió hacia la barra, pero no bien llegó al alcance de la artillería del castillo cuando el enemigo le cañoneó furiosamente. El general se libró gallardamente y entró en el puerto con pérdida de cuatro hombres y algunos heridos, y luego los otros navíos que recibieron escaso daño. Este arrojo, este hecho temerario, nunca marino de nación alguna (a no ser Sir Francis Drake, (1) que sufrió en ello mu-

(1) El valiente caballero Francisco Drake acometió esta ciudad (Puerto Rico) el año de CDDXX, pero sin éxito, pues habiendo entrado en el puerto con muchos barcos y chalupas e incendiado los navíos del enemigo, que allí estaban fondeados, aun no pudo tomar la ciudad y partió después de haber perdido a cuarenta o cincuenta de los suyos. El ilustre conde de Cumber, en el año de CDDXCII, habiendo desembarcado sus soldados en la playa de la isla grande y llevándolos por un camino muy difícil, hasta el puente, tomó al primer asalto los castillos que defendían ese paso y entró sin gran riesgo en la ciudad, que halló casi desierta, y después de ocho días de cerco tomó por convenio la fortaleza que domina la boca del puerto. Resolvió quedarse aquí, con idea de

chas pérdidas) se atrevió a intentarlo, porque la boca del puerto es angosta y en ella tiene el enemigo un fuerte castillo provisto de numerosas piezas.

Una vez entrados en el puerto, trabajaron todos a porfía por situarse delante de la ciudad, pero lo impidieron los bajos, de tal manera, que sólo unos cuantos navíos lo consiguieron, y por eso no pudieron desembarcar los nuestros ese día, cosa que vino muy a punto a los habitantes, pues tuvieron tiempo de un día y una noche para ponerse en salvo y esconder lo mejor de sus bienes. La situación del puerto y la ciudad, como también el castillo, puede comprenderse bien examinando los adjuntos mapas. Al día siguiente, nuestros navíos fondeados delante de la

traer una colonia de ingleses, pero como perdiera cuatrocientos de los suyos, arrebatados en poco tiempo por varias enfermedades, cambió de propósito y partió, dejando la ciudad casi intacta, llevándose copioso botín y las mayores piezas (setenta, por lo menos, según dicen los ingleses). (Historia del Nuevo Mundo.—J. de Las.).
ciudad, comenzaron a disparar contra ella, y sólo hacia las nueve de la mañana el general bajó a tierra, acompañado de setecientos ochocientos hombres entre soldados y marineros. En orden de batalla y con las filas cerradas, fueron entrando los nuestros en la ciudad hasta el mercado, sin encontrar gente ni resistencia en parte alguna. La bandera del Príncipe fue izada en la plataforma de la casa del gobernador, situada a orillas del agua en la parte occidental de la ciudad; de allí fueron los nuestros hasta la iglesia mayor, (1) donde arrojaron por tierra las imágenes y otros decorados. Al caer la noche, fueron separadas las compañías y alojada cada una en sitio particular, colocando fuertes guardias en todos los lugares por donde podía acometer el enemigo.

Al capitán Molckman, le fué confiada la

---

(1) La Catedral.—(Nota del traductor).

---

guardia principal junto a una pequeña torre en que había un crucifijo; esta torrecilla se alzaba en una eminencia o alcor que los españoles llaman morro de San Felipe, (1) delante del castillo grande, donde se refugiara el gobernador Don Juan de Haro con sus soldados. Al día siguiente el general, para impedir que los soldados se embriagasen, mandó vaciar los barriles de vino y publicó un bando de que los ebrios serían castigados rigurosamente, en lo que procedió como experto capitán, pues la embriaguez de la tropa ha hecho perder bastantes ocasiones muy favorables y proporcionado grandes ventajas al enemigo, y era mejor vaciar los barriles que dar ocasión para que la tropa se embriagase. El general envió a buscar cuatro piezas para bombardear el castillo, e hizo levantar un parapeto para resguardarse de los tiros de mosquete del enemigo. El islote en que está situada la ciudad,

---

(1) El Calvario (Nota del traductor).
FERNANDO J. GÉIGEL

está separado de la isla grande de un lado por el puerto y de otro por un canal (1) donde había un fuerte reducto para guardar el puente que da paso de la isla pequeña a la grande; el general, queriendo enseñorearse del puente y el reducto y forzar el paso por esta parte, envió allí dos compañías. Estas compañías encontraron el reducto y el puente abandonados por los españoles y en el reducto cuatro piezas; deshicieron parte del puente y ocuparon el reducto y el paso con algunos soldados, de modo que el enemigo no pudiera pasar al otro lado sino por agua y regresaron a la ciudad al siguiente día. Para este lugar de que hablamos penetró el conde de Cumberland, cuando tomó esta plaza de Puerto Rico. El general creyó conveniente cercar el castillo grande por mar y tierra, con objeto de impedir por medio de sus bateles, en cuanto fuera posible, el paso por el mar; después supo por

(1) Caño de San Antonio (Nota del traductor).

82

BALDUINO ENRICO

algunos prisioneros que había en el castillo escasas provisiones de boca y guerra. Al rayar el día los nuestros habían levantado una batería con seis piezas, como también una sólida trinchería, defendida por guardias. Rompieron después el fuego contra el castillo, que fue correspondido por éste. El general hizo ocupar también una torre (1) que había en una isla situada al oeste de la entrada del puerto, la cual torre guardaba la desembocadura del río Bayamon, adonde no se podía entrar ni salir durante el día. Divirió en el mar un buque extranjero que procuraba la entrada, pero comprendiendo que había peligro quedóse afuera; el general hizo salir a Jan Jaspersz de Laet, capitán del Goude Sonne, con el yate West-cappel, tanto para dar caza a dicho velero como para impedir que llegasen por mar provisiones al castillo. El 29 se hizo vivo fuego contra la fortaleza y el general mandó abrir aproches con el fin de irse acercando a

(1) El Cañuelo.—(Nota del traductor).

83
él, quedando encomendada esta obra al capitán Thyene. Al día siguiente intimó la entrega del castillo, a lo que contestó el gobernador con una ridícula respuesta. En vista de ello comenzaron a abrirse los aproches, construyéndose una trincheras recta de unos doscientos cuarenta pasos y luego otra transversal de unos ciento y diez, aunque no había gente para guarnecer tan grandes obras; las dos últimas fueron custodiadas por el capitán Juan Stapele con su compañía. El 1 de Octubre, el general puso a cargo de varios comisarios los viveres y las municiones. Al otro día aun trabajaron bastante los nuestros en los aproches. Detrás del castillo y pegado a él, había un barco protegido por su artillería, pero los nuestros, valerosamente lo fueron a buscar en bateles, consiguiendo esto sin pérdida de gente; averiguaron, no obstante, que este barco había introducido provisiones en el castillo. El capitán Stapele que, como hemos dicho atrás, guardaba las trincheras, te-
niendo consigo solamente treinta y seis hombres válidos y capaces de hacer el servicio, fué acometido de improviso por el enemigo que viera en la playa, y aunque éste fué rechazado, aun murieron seis de los nuestros y quedaron heridos siete, de los cuales murieron después tres; esto aconteció el 4 de Octubre. Y como una desgracia raras veces viene sola, ocurrió que el capitán del Nieuw-Nederlandt, habiendo sido encargado de llevar víveres, una hora antes de rayar el día, al fortín situado junto al puente, (1) en una chalupa bien provista de pedrerías y mosquetes, procedió con tanto descuido por estar ebrio, que el enemigo lo sorprendió en una canoa y mató a todos sus hombres, excepto tres que escaparon a nado, aunque de los navíos al puente no hubiese más que una hora de remar. El 5 un barco enemigo fué a ponerse bajo el amparo de la artillería del cas-

(1) Puente de San Antonio (Nota del traductor).
tillo, por no haberlo podido impedir los nuestros. Un batel tripulado que, contra las órdenes del general, atravesara desde el fortín del puente hacia el otro lado donde se hallaba el enemigo, (1) fue sorprendido por éste y muerta toda nuestra gente, menos un hombre que huyó a nado. Aunque los capitanes, ya haciendo fuego, ya guarneciendo las obras y montando guardia, no economizasen el trabajo, aun no era posible continuar abriendo aporches, por la escasa gente que había y además faltaban ingenieros capacitados, maestros de obra, minadores, sin cuyo personal no puede terminarse bien un asedio de esta índole. Los del castillo hicieron otra salida, mataron al capitán Vseel y diez soldados, hiriendo a otros tantos (2). Durante toda la siguiente noche, el enemigo tuvo a los nuestros en alarma, ora en un punto, ora en otro. El general queriendo impedir que se llevasen

---

(1) La parte de Santure (Nota del traductor).
(2) Esta operación fue efectuada por el Capitán Amézquita. (N. del Trad.).
igualmente y ordenó que tres capitanes saliesen al mar. El día 15 fué de preces. Y como tuviera noticia de que el enemigo por descuido de nuestra gente, sorprendería y tomaría un batel delante del río Bayamón, envió el general allí siete bateles, a saber: cuatro, con ochenta hombres, remontando dicho río, estando en el cual, el enemigo que en número de cincuenta tenía la ventaja de tirar desde el bosque, de tal modo se opuso, que tuvieron que retroceder con pérdida de once hombres y ocho o nueve heridos; y los otros tres bateles dieron un rodeo por fuera en demanda de otra boca de dicho río, que encontraron obstruida, pues el lecho sólo tenía unos tres pies de agua, siendo así que unos días antes se observaran en el seis pies, con lo cual sólo pudieron pasar los nuestros un barquichuelo y al no ver a los otros que ya se habían retirado, tuvieron que retroceder. Al día siguiente el general envió dos bateles al fortín

(1) del río Bayamón; estos bateles encontraron el fortín sitiado por los españoles, y como, no obstante, desembarcara con osadía la gente de uno de ellos, el enemigo se apoderó del batel y mató a los hombres, excepto uno que a pesar de hallarse gravemente herido se refugió en otro batel. El enemigo arrasó el fortín (2). Así es que, poco a poco el enemigo iba rehaciéndose en bateles y chalupas, mientras que los nuestros iban careciendo de ellos y por eso el general, al otro día, tuvo que adoptar medidas para que el enemigo no le hiciese por mar algún daño.

Entendiendo entonces que sus fuerzas eran muy escasas para entrar en el castillo a viva fuerza, tanto más cuanto que no aparecía el navio Enckhuysen que contenía soldados y muchas municiones de guerra, y que con la pérdida de tantos bateles el enemigo dispo-

(1) El Cañelo (Nota del traductor).
(2) Esta operación fue efectuada por el capitán Botello (Nota del traductor).
Fernando J. Geigel

nía ahora de pequeñas embarcaciones, con lo que sería muy difícil en adelante impedir que de la isla llevaran provisiones al castillo, y por último que los gobernadores españoles de las plazas vecinas, pondrían todo su empeño en socorrer a los sitiados, mientras que él solo podría esperar muy tardíos auxilios de la República, y como sus tropas sufriesen pérdidas diarias, le pareció prudente cambiar a tiempo de propósito y abandonar la plaza, en cuanto pudiera hacerlo con honra y sin pérdidas considerables. Al llegar, pues, el día 19, mandó embarcar algunas cosas y particularmente dos piezas de bronce tomadas al enemigo. El 21 envió una carta al gobernador del castillo, preguntándole si quería rescatar a la ciudad y librarse de una completa ruina, a lo que respondió que «había en la isla piedras y maderas bastantes para reedificarla y que tenía intención de aniquilar nuestro flota». En este día fue embarcado todo lo que quedaba, de modo que sólo la tropa que-

Balduino Enrico

dó en tierra, la cual el 22 se movió en buen orden para recogerse en los navíos, como lo efectuó después de pegar fuego a la ciudad por los cuatro costados. Al día siguiente quemaron los navíos del enemigo que estaban varados en la playa. Al partir de la ciudad no puso el enemigo impedimento alguno, aún cuando la marcha se hiciera con día claro que cuando los españoles volvieron a ella, levantaron una batería en la punta de la ciudad y comenzaron a cañonear nuestros navíos, causando en ellos algún estrago, lo que forzó a los nuestros a dirigir un trecho con sus navíos. Pero al día siguiente el enemigo situó su artillería en otro sitio, forzando a los nuestros a llevar más adelante los navíos. El 26 entró un navío español que fondeó al abrigo de la artillería enemiga por lo que no pudieron ir a buscarle los nuestros. Al otro día el general ordenó que los pilotos fuesen a sondar y balizar la barra, y esto hecho, todo quedó preparado para la partida; el viento, sin
embargo, no era favorable y detuvo a la flota en el puerto. Para entre tanto ocupar a su gente, el general hizo una entrada por el lado opuesto a la ciudad, pero no encontró a nadie. A la entrada de Noviembre (1) era el viento este y al mediodía sud-sudeste, viento formado, de suerte que el general dió la señal de levar anclas y hacerse a la vela. La nave vicealmiranta que iba al frente, encalló; el general dispuso que saliesen los navíos alquilados. Al otro día, como fuese puesta a flote la vice-almiranta, toda la armada, después de mediodía, se dió a la vela con viento este casi de proa, saliendo con excepción del navío Medenblick que encalló. Todos los navíos estaban tan maltratados por el cañón enemigo que, al estar en el mar pusieron el casco a sotavento para cerrar las vías de agua y reparar los mástiles, vergas y jarcias; el navío del general recibió trece tiros, ya bajo la línea de

(1) Día de todos los Santos.

flotación o sobre ella, uno de los cuales se le llevó once pies de la envoltura y no costó poco trabajo tapar los boquetes. Inquieto como estaba por la suerte del navío Medenblick, mandó que el capitán Bancker y otro, con cinco bateles, le prestasen toda ayuda y asistencia. Al día siguiente el otro navío fué puesto a flote, pero por descuido, turbación y obstinación de algunos tripulantes, volvió a encallar de nuevo. El yate Puerto Rico (nombre que dieron al barco apresado) del que ya se había apoderado el enemigo, huyendo los tripulantes hacia el Medenblick, fué vuelto a tomar y llevado fuera del puerto. En el interín, ya el enemigo hostilizaba al Medenblick; parte de su gente quería entregarlo, pero otros lo impidieron, resueltos a esperar hasta el último momento. El general viendo que, de este modo, los navíos de su armada se apartarían fácilmente unos de otros, resolvió seguir hacia el extremo occidental de la isla, donde los reuniría y ordenaría; mandó
FERNANDO J. GEIGEL

pues al sota-almirante para que con tres navíos más (el Goude Sonne, Meulen y Jonghe Tijger) se mantuviesen ante la barra vigilando al Medenblick y esperándole hasta que se zafase o quedara del todo destruido y con los demás se fué muy poco a poco a lo largo de la costa, con rumbo del oes-noroeste.

El 7 fondeó en una hermosa bahía, (1) donde había buen ancladero, ante un bello río de agua dulce. Al siguiente día envió a tierra un prisionero portugués, para que invitase a tratar con los nuestros a los españoles que habitaban en aquellas cercanías y ver si conseguían de ellos algunos refrescos. Sólo el 10 recibió el general respuesta segura, con la llegada a bordo de un español con una carta en la que los habitantes se disculpaban cortésmente, diciendo que no podían tratar con los nuestros y que de querer aprovisionarnos lo

(1) La que es puerto de Aguadilla y Aguada. (Nota del traductor).

BALDUINO ENRICO

hiciéramos por nuestra cuenta y riesgo. Entre tanto en cada navío se procuraba reparar el daño sufrido. El 12 se juntaron con la armada los otros navíos que con el sota-almirante quedaron delante de Puerto Rico; habían abandonado el Medenblick, cuya gente huyó en la chalupa, sin clavar la artillería, ni destruirlo, de lo que fueron causa algunos cabecillas del motín que por eso fueron después castigados. Estos navíos trajeron otro pequeño de los españoles, muy velero. El yate Westcappel, el 8 de ese mes, lo había seguido hasta una ensenada o pequeño puerto (que llaman Sierra Gorda) pero no pudo acercarse a él a causa de la resaca; juntóse este yate el 10 con aquellos navíos que estaban vigilando al Medenblick delante de Puerto Rico y como acertaran a pasar por allí y vieran que aun estaba el barquito español, con ayuda de la chalupa grande y de algunos barcos se lo llevaron para fuera. Estaba vacío y contenía apenas dos pequeñas piezas de
bronze y dos morteros del mismo metal. Era un barco aviso, procedente de Santo Domingo, nombre que por esta circunstancia le dieron. Luego que los suyos se ocuparon diariamente en la aguada y proveer los navíos, el día 18 envió hacia Santo Domingo cinco navíos, a saber: el del vice-almirante Adrian Claesz, *el Valck*, *el Goele Sonne*, *el Goude Sonne* y el yate *Westcappel*, con objeto de vigilar un galeón, que por algunas cartas encontradas en el barquito recientemente apresado, supiera que andaba por allí ricamente cargado. Después de esto estuvieron nuestros ocupados en repartir los despojos entre los otros navíos y hacer algunas excursiones para conseguir provisión de animales y frutas. Recibiendo carga los navíos fletados *Koninginne Hester* y *Jonas*, el general los mandó a la República, adonde no llegaron, a Zelandia y Texel, hasta el 12 de Marzo del siguiente año. El cargamento de ambos fue como sigue: *El Koninginne Hester* trajo doce pequeños sacos cada uno con doscientas piastras; otro con plata en pedazos, pesando poco más de tres libras y diez onzas; una cruz de plata con peso de un poco más de una libra, cincuenta y una cajas de azúcar; cuarenta far- dos, poco más o menos, de gengibre, cincuenta y dos cueros, veintitrés cajas de tabaco; nueve campanas, grandes y pequeñas; seis escudillas de cobre; seis cajas y un barrilito con cuartillos españoles y una porción de otras obras de cobre. *El Jonas* trajo dos mil doscientos ochenta y cinco cueros de Puerto Rico; ciento once cajas de estaño con gengibre de la misma ciudad; cuatro cajas dobles de azúcar; dieciocho culebrinas de hierro, ciento treinta piezas de hierro; un barrilito de acero; dos cajas de estaño con incienso y diez saquitos, cada uno con doscientas piastras.

El 29 la armada levó anclas y partió, pasando al otro día por la isla de la Mona. A la entrada de Diciembre estaba el general junto
a la punta oriental de la isla Española. El 9 de Noviembre, con el Goude Sonne y su presa estaba delante de Santo Domingo y avanzó hasta el puerto como para enviarle bien sus balas. Hizo fuego con sus dos piezas de proa y la ciudad respondió con dos disparos. Entonces vio un galeón surto en el puerto y además tres pequeños barcos y entendiendo que nada podía hacer allí, bogó bordeando a lo largo de la isla Española hacia Saona, adonde el general diera la orden de que lo esperase. En Saona hizo algunas excursiones para cazar animales, pero sin conseguirlo.

El 13 de Diciembre toda la flota se dió a la vela y los navíos porfían por adelantarse bordeando hacia el este y tras quince o diez y seis días de ir como diez leguas en dicha derrota, las perdieron en veinticuatro horas, hallándose la noche del 30 a lo largo de Mona. Como dos navíos hiciesen agua y el general viese que no podía remontar navegando a lo largo de la costa meridional de Puerto Rico, determinó volver al extremo occiden-
tal de Puerto Rico e intentar después mejor resultado navegando a lo largo de la costa septentrional de dicha isla. Fondeó en la bahía de San Francisco, en el extremo occidental de dicha isla, a 18°, 11 al norte; esta bahía tiene una muy buena aguada. Dejaremos ahora descansar al general Boudewijn Hendricks y pasaremos a referir lo que realizaron los nuestros en otras partes.

Plano de San Juan y sus inmediaciones en 1625, donde se aprecian las trincheras y fortificaciones holandesas y españolas.
VI
FRAGMENTOS DEL SUMARIO DEL LIBRO TERCERO

Continuación del viaje de la flota a cargo del general Boudewijn Hendricksz.—Entra en la bahía de San Francisco (1) donde hace aguada y una entrada por tierra sin encontrar al enemigo que, entre tanto, acomete a uno de nuestros bateles.—Los nuestros queman algunas casas y se llevan cabezas de ganado.—La flota vuelve a partir y va a la Dominica; observa las próximas islas Caribes y sigue hacia la isla Margarita.—El general toma el castillo situado en esta isla, con gran riesgo de su persona.—Intenta otra empresa en esta misma isla, pero no puede tomar tierra.—Es apresado un barquichuelo español.—La flota fondea en Cubagua; los nuestros saquean la isla y queman las cabañas.—Aspecto de la costa septentrional de la isla Margarita.—El general sigue hacia el puerto de Mochina al que da el nombre de puerto Mauricio.—Avista el castillo de Puente de Araya.—Disposición de puerto Mauricio.—Es apresado un navío.—Los españoles destruyen sus propias casas y sembrerías; sorprenden algunos de los nuestros y no los quieren cargar por sus compatriotas prisioneros.—La flota navega hacia Santa Fé, donde se aproviciona de agua.—Pasa por Commanagot y otras islas y arriba a Bonayre.—Aquí se apoderan los nuestros de algunos carneros y encuentran un gran montón de madera encarnada que embarcan.—Es apresada una galera española con carga de ta-

(1) Puerto de Aguadilla y Aguada (Nota del trad.).

101
baco y algunas mercaderías de valor.—La flota llega a la isla Vaca y después al cabo Tiburón; fondea en el extremo occidental de Jamaica.—Aspecto de la parte septentrional de esta isla.—Es apresada una piragua españa-foala.—Empresa del capitán Banckert; pelea con cuatro buques españoles, de los cuales se apodera de uno y destruye dos; proceden de Santo Domingo, conteniendo un excelente cargamento.—El capitán fondea en Saona y vuelve a juntarse con el general.—Unise también a este el Commandeur Hendrick Lucfer.—Salen juntos los navíos de puerto Negrillo; pasan por las Caimanes y divi-san la isla de Pinos.—Capturan un barco nuevo españa-fo, en lastre; fué artillado y tripulado.—La flota llega lejante del río de los Puercoy luego ante Corona.—Es apresado un barco pesquero de tortugas, de cuyos tripulantes obtiene el general algunas noticias.—Se dirige al puerto de Cabañas.—Disposición de los puertos en aquellos lugares.—La flota entra en el puerto de Cabañas donde halla un barco recientemente construido.—Los nuestros hacen una expedición, apoderándose de algunos animales y provocando un incendio.—Es apresado un pesquero de tortugas.—Es incendiado el navío nuevo después de saquear cuanto podía sermos útil.—Otro bar- quichuelo es apresado delante de la Habana, con carga de madera, y también es quemado.—La flota zarpa del puerto de Cabañas y llega delante de la Habana.—Es capturado un barco procedente de Campeche.—El gene-ral enferma y muere.—Se amotina la flota, que hace rumbo hacia la República.

FRAGMENTOS DEL LIBRO TERCERO

1626

El pasado año dejamos al general Boudev-wijn Hendrickz junto a Mona, resuelto a en-trar en la bahía de San Francisco que queda en el extremo occidental de la isla de San Juan de Puerto Rico. El 2 de Enero de este año fondeó con los navíos que le acompañaban, delante del río, con intención de hacer aguada. El mismo día mandó que desembarcasen doscientos hombres, entre soldados y marineros, en una hermosa y amplia bahía de mucha arena y dió también órdenes para arreglar los navíos. Para proteger a los que transportaban el agua, fue situado delante del río el Goude Sonne. Al siguiente día, los nuestros se internaron en tierra, pero no encontraron casas ni gente y al anochecer cayó un aguacero que los obligó a acampar en un bosque, donde divididos en cuatro partidas pernoctaron al relente. El capitán del Goude
Sonne, que estaba en tierra con treinta hombres para vigilar a los españoles, acudió en auxilio de los bateles que por tener grandes vías de agua apenas podían mantenerse a flote. Entretanto, los españoles que andaban escondidos por los alrededores, al vésper sorprendieron en el río uno de nuestros bateles y mataron a doce de nuestros hombres escapando tres a nado. La gente que permaneció en el bosque continuó el día 4 su viaje, y llegó a una casa rodeada de chozas y establos para el ganado. Mataron y comieron algunos cerdos y al partir de allí pegaron fuego a las habitaciones y se llevaron una porción de cerdos y dos caballos cargados con cueros. Al otro día siguieron los nuestros hacia el puerto de San Francisco, con el yate West-cappel, el S. Domingo. (nombre dado al barquito apresado) y la chalupa grande, llevando intención de desembarcar en dicho puerto, pero al llegar allí encontraron tan poca agua que los bateles no pudieron tomar tierra. Vieron cin-

cuenta o sesenta españoles a caballo que internaban los ganados. Regresó, pues, nuestra gente a los navíos sin haber hecho cosa alguna. El general ordenó desembarcar más gente para custodiar los bateles que hacían aguada y se informó del abastecimiento de los navíos para por ellos regular sus proyectos, pues no quería volver a la República sin realizar alguna empresa notable. El 8 pasó en persona a tierra con mucha gente, pretendiendo hacer una incursión, pero llovió tan copiosamente que no pudo realizar cosa alguna. Por la misma causa y el batir el mar nuestros navíos no pudieron hacer estos nada de provecho. Al día siguiente los nuestros volvieron a ir a tierra; exploraron una parte de bosque, no sólo para examinar el sitio sino también para descubrir e impedir cualquier celada del enemigo, que días antes había herido a siete u ocho de los nuestros atrayéndolos hacia el interior de la espesura, donde no podía ser visto. El 30 los nuestros se aden-
traron en la tierra, pero sólo trajeron un gran número de naranjas para refresco de la tripulación. Estando ya bien provistos los navíos de agua y leña, partieron de allí a los 16 días.

Procuró el general remontar bordeando el norte de la isla de San Juan de Puerto Rico, para ir en busca nuevamente de las islas Caribes, en lo que empleó hasta el 10 de Febrero. Después de subir a la altura de 25° 1/2, fue descendiendo poco a poco, hasta que en dicho día encontró tierra a la altura de la Dominica. Siguió la costa a sotavento, no sin gran peligro, pero por la noche consiguió remontar la punta occidental de dicha isla, hallando mar libre. Ordenó examinar toda la costa de la isla; una vez remontada por los nuestros la punta del norte encontraron en la banda noroeste una gran bahía arenosa, pero sin ancladero, pues a un tiro de la playa no halló fondo la sonda. Los navíos estaban surtos en la banda occidental, al lado de un ria-

chuelo donde fácilmente encontrarían agua-
da. Como a media legua de allí se halla una aldea de los salvajes que habitan esta isla; gente mala, de la que no debe uno fiarse en modo alguno. Ante el río el terreno es muy escarpado, pero al sur y norte de él, hay un buen fondeadero con cinco, seis, siete o ocho brazas de agua y en fondo de arena. El general envió también algunos hombres a recono-
cer las islas próximas y observar si en ellas había alguna cosa que hacer. El vice-
almirante en persona partió para Guadalupe con el Nieuw-Nederland y el Santo Doma-
gos; el yate West-cappel fue a Martinica. Es-
tando la armada fondeada en Dominica, se desencadenó una tremenda tempestad con truenos y rayos. Al atardecer del 17 el gene-
ral se dió a la vela y a la siguiente mañana se hallaba frente a la isla Martinica y hacia mediodía tenía al este-sudeste a Santa Lucía. El 20 estaba junto a Granada, siguiendo la derrota sud-sud-oeste, con viento nordeste,
hasta que al otro día divisó la tierra firme. Después de mediodía estaba en el cabo Tres Puntas; aquí el general dio sus órdenes y señales a cada navío. Recogieron las velas y dejaron singlar los buques hacia el norte, hasta que terminado el primer cuarto, gobernaron con poco trapo al oeste, cuarta al noroeste y oeste-noroeste. Hacia las nueve de la mañana del 22, divisaron la isla Margarita, poniendo todos proa hacia ella. El vice-almirante, al llegar a la entrada de la bahía, donde se alza el castillo, se dirigió a ella con siete navíos; el general cuyo designio era seguir para el norte, le acompañó porque la gente de desembarco de que disponía se hallaba aún en los navíos que directamente mandaba. Fondearon los navíos en la banda occidental del castillo y nuestra gente desembarcó en una ensenada arenosa. Como los españoles no contaban con que los nuestros desembarcaran en este sitio se habían ariñcherado fuertemente en la bahía. Los del castillo corrían desordenadamente de un lado para otro, como gente sorprendida, lo que visto por el general le hizo acometer con un contingente de los suyos, por la parte de tierra donde no había artillería. Pero este rasgo de valor hubiera resultado mal para el insigne jefe, pues no bien llegó con quince o diez y seis hombres a lo alto del castillo, cuando el enemigo le cortó la retirada, viéndose los nuestros obligados a defenderse con todo empeño. Murieron unos nueve de los más valientes, quedando muchos heridos, entre otros los dos capitanes Van Urck y Molckman. Esta acción se hubiera malogrado de no acudir en auxilio del general los capitanes Stapel y Estienne, pues al darse cuenta de ello los españoles retrocedieron y los nuestros se apoderaron de la puerta donde el general en persona enarboló la bandera. Algunos de los españoles fueron pasados a cuclillo, pero la mayor parte de ellos saltaron por las murallas y escaparon huyendo; de este modo se apoderaron los nuestros del castillo.
El general supo, por un prisionero y un negro que se había pasado a los nuestros, que el camino que del castillo va al poblado residencia de la mayor parte de los españoles, antes de todo esto había sido obstruido con trincheras y varias defensas de arbustos muy punzantes que, tanto en esta isla como en tierra firme, constituyen la mejor defensa de las poblaciones, por ser casi imposible abrirse paso entre ellos. Supo también que las mujeres habían huido con sus mejores muebles. En el castillo fueron encontradas tres piezas de bronce y cinco de hierro que el general mandó llevar a los navíos. Dos días fueron empleados en la demolición del castillo e incendio de las casas, reembarcando después los nuestros y partiendo el 27.

El general envió dos navíos y una chalupa para que reconocieran la isla por el norte y observaran su aspecto. Otros dos navíos y un yate se encaminaron a tierra firme y los demás quedaron a lo largo de la costa meridional de la isla y como a unas dos leguas al oeste del puerto en que estuviera la armada. Este es el sitio que acostumbran a frecuentar los navíos de tierra firme. La situación del almirante era también de atacar en este sitio, pero por los bajos y escaso fondo de la playa no pudieron aproximarse los navíos mayores lo suficiente para que su artillería alcanzase a tierra. El yate Santo Domingo se aproximó tanto que su casco encalló, pero pudo zarparse sin grandes daños. Fondearon todos los navíos. Durante la noche se acercaron algo más, pero no aún así alcanzaban sus tiros a la playa. No obstante, al otro día, los soldados pasaron al yate S. Domingo y de allí a los mejores bateles, con intención de tomar la playa; pero mientras los bateles se acercaban a ella, comenzó el enemigo a hacer un vivo fuego con sus arcabuces, tanto desde las trincheras, allí levantadas, como del espeso bosque que llegaba hasta la playa, sin que los mosquetes que empleaban los nuestros desde las
chalupas o las pequeñas piezas del yate pudieran causarle daño. En nuestros bateles resultó muerto un hombre y otro gravemente herido. El general, viendo que no conseguiría ninguna ventaja contra el enemigo, disparó un cañonazo como señal para que retrocedieran los bateles y recogiendo la gente a bordo, los navíos levaron anclas y partieron.

Después de todo esto, se encontró con el capitán Banckert que había sido enviado a una expedición con el yate Westcappel, encontrando un barco español cargado con unas mil arrobas de pescado en salmuera. Los navíos fueron a fondear justamente en el extremo occidental de la isla Cubagua. El general, con algunos bajos bien tripulados, bajó a tierra, donde solo encontró algunas cabañas de pescadores y en ellas alguna cantidad de pescado que llevó consigo, después de incendiar las chozas. Los dos navíos que envió al norte de la isla Margarita, encontraron en toda esa costa buenos fondeaderos y yendo hacia el oeste, al remon-
una) que el general supo que estaban en la playa. El navío Leyden y el yate S. Domingo, navegaron a lo largo de la costa, para observar el castillo que demora junto a la gran salina de Punta de Araya y averiguar si podía realizarse alguna cosa. Llegados a las cercanías del castillo éste disparó contra los navíos, pero no según el número de cañones que decían haber en él, lo que hizo sospechar a los nuestros que no estaban bien provistos de pólvora. Estuvieron también ante la pequeña salina y desembarcaron algunos soldados y marineros que encontraron una cantidad de pescado seco que llevaron a los navíos y además 40 toneladas de sal allí amontonadas. Entretanto el general prosiguió su viaje, deteniéndole una calma, y en persona pasó a un batel y fue a reconocer el puerto, donde aun antes de anochecer entraron los navíos. Encontró el interior del puerto tan ancho y capaz que podían fondear en él todas las escuadras de Holanda y cómodamente, pues podía en-

trarse tanto en él, que ni siquiera se veía el mar. Habiendo llegado al lugar que eligió como fondeadero, dividió por el lado opuesto un navío, que fueron a buscar la chalupa y los bateles; solo hallaron en él cables y dos culebrinas, pero no encontraron vergas, ni velas, ni municiones de guerra. Al día siguiente los bateles entraron más adentro del puerto, hasta un lugar en que había algunas casitas; encontraron allí muchas naranjas y otras provisiones. El general ordenó a los capitanes que carenasen y limpiasen los navíos que, por llevar mucho tiempo navegando, estaban muy sucios. Sabiendo nuestra llegada los españoles, fueron hasta aquellas casitas, quemándolas con cuanto contenían, de modo que cuando el 7 volvieron a ellas los nuestros, para tomar lo que les conviniera, lo encontraron todo quemado y destruido. El general iba de vez en cuando a los navíos fondeados junto a la punta. Los nuestros buscaron dentro del puerto agua potable, pero no la encontraron,
lo que es un gran defecto de ese excelente lugar. Así, una vez limpios los navíos y provistos de leña y lastre, el 23, hacia media noche, comenzaron a zarpar y a la mañana estaban fuera de la barra, donde fondearon.

Entretanto los españoles del castillo, junto a la salina mataron a dos soldados y capturaron a seis, pertenecientes a la dotación de los navíos que estaban cargando sal en la pequeña salina, aprovechando el estar ellos descuidados en tierra y entretenidos en pescar; sin duda habría tomado también el batel el enemigo, de no acudir prestamente los dos navíos, disparando contra él sus cañones. Al día siguiente todos los navíos procuraron reunirse con los que estaban cerca de la punta, lo que pudieron conseguir el 25. El general advertido de la captura de algunos de los suyos, procuró libertarlos por todos los medios; envió recado al gobernador del castillo, propiándosele el canje de los suyos por un mayor número de prisioneros españoles, pero el go-

B A L D U I N O E N R I C O

bernador no atendió el ruego bajo el pretexto de que tenía orden de enviar a España todos los prisioneros. El 28 el yate Puerto Rico fué enviado a la República, para llevar correspondencia y cuenta de lo hasta entonces ocurrido, y el general siguió con su armada hacia Santa Fé, a la que divisó una hora después de ocultarse el sol.

Aquí fueron desembarcados inmediatamente todos los soldados, para custodiar a la gente que hacía la aguada, cosa que se hizo con tal rapidez que en dos días quedaron los navíos abastecidos de agua. El agua de este lugar es buena y fácil de obtener en el lado meridional de la bahía, ante un riachuelo de agua dulce; pero como este lugar dista solamente cinco leguas de la punta Araya y queda cerca de Comena, es preciso hacer la aguada a viva fuerza. Se apoderaron de algunas cabras en los islotes que hay frente a la tierra firme, ocurriendo esto el 2 de Abril, día en que la flota se dió a la vela. Después de medio día, con
brisa y vientos del este, tomó derrota oeste y al alejarse de los islotes singló y a la noche orzó, para no caer en Commanegot. El capitán Banckert recibió la orden de hacer un crucero hacia la Española, con el *Jonghe Tijger* y el *Nieuw-Nederlandt* procurando apresar algunos navíos españoles. En la noche del día siguiente la flota llegó ante Commanegot, enviando el general un yate a la descubierta, para ver si a lo largo de la costa encontraba navíos enemigos. Dejando el general instrucciones a cada navío para que pudieran reunirse en caso de separarse unos de otros, prosiguió su viaje, con derrota al oeste al largo de la costa, y después al nornoroeste, llegando el 8 ante la isla de las Aves que se presenta baja pero cubierta de altas arboledas. Al día siguiente diviso a Bonayre pero solo llegó allí el 10. Al otro día bajó a tierra una considerable fuerza de los nuestros, en busca de animales y madera encarnada. Hallaron carneros y corderos, aparte de los que mataron y comie-

ron en tierra. Después de celebrar a bordo la pascua, volvieron a ir a tierra y divididos en tres partidas se internaron. Como a hora y media de la playa encontraron una gran pila de madera cortada y se llevaron como unos cien carneros. Con mucha diligencia se llevó la madera a bordo en los siguientes días. Una vez terminado este servicio el 16 y dejados libremente en tierra los once prisioneros españoles y portugueses, al llegar el 17 zarpó la flota. Al otro día el navío *Utrecht* y el yate *Santo Domingo* capturaron una galera española con carga de tabaco y muchas cosas de valor, arrebatando bastante nuestra gente antes de que el general tomara las oportunas providencias. Era un barco aviso llegado de Comena con algunos españoles que pudieron eludir a los nuestros en puerto Mauricio. La flota gobernó al nornoroeste, con tiempo muy duro, y el 20 avistó la Española y bajo ella las islitas llamadas Frailes. El capitán del *Goude Sonne* recibió la orden de navegar a lo largo de la
costa y próximo a ella para observar todas las barras y calas, reuniéndosele a ese efecto el navío Goude Meulen y la chalupa grande. El 24 estuvieron ante las Salinas, penetrando la chalupa grande y la de ellos en la barra, para ver si había fondeados algunos barcos, pero no vieron ninguno; en la tarde del mismo día anclaron en la isla Vaca. El 26 fondeó la flota junto a la aguada del cabo Tiburón, y con ella se juntaron el 29 los otros navíos después de observar la isla Vaca y bahía de la Española. Encontraron allí también al capitán Lucífer y a Galeyn van Stapels, con su yate y pequeño batel, los cuales habían estado en el río de las Amazonas. En este lugar fue preparado el barco español, para poder navegar en conserva con la flota. Esta salió el 3 de Mayo, después de aprovisionarse de agua, y navegó en la derrota del oeste-sudoeste, con tiempo tranquilo. Al día siguiente pasó por el islote Navaza. El 5 avistó Jamaica y como el viento soplaba del sur, no pudo remontar la

120
punta meridional de dicha isla. El general deter-
minó que unos navíos la rodearan por el
sur y otros por el norte; mas no pudieron do-
blar la punta sudeste. Aquí se juntaron a la
flota el navío Nieuw-Nederlandt y el yate
West-cappel. El 8 la flota fondeó en el extremo
occidental de Jamaica, junto a los otros na-
víos. Allí la tierra es muy hermosa, con lindas
praderas en algunos lugares.

El sota-almirante que, con el Valk y el
Goude Sonne, fue enviado a reconocer la isla
rodeándola por el norte, una vez que dobló
la punta nordeste, gobernó al oeste-noroeste
(rumbo que generalmente lleva a tierra) cami-
nando así unas veintiocho leguas, gobernando
despúes al oeste, cuarta al noroeste. Calculó
que toda la costa tendría unas treinta y seis
leguas, siendo bastante escarpada. En la pun-
ta oeste-sudoeste, llamada Negrillo, encontró
un puerto con fondeadero abrigado de la brisa
y adecuado para carenar un navío. El capitán
del Goude Sonne, Juan Jasperz de Laet, ha-
biendo examinado todas las calas de la isla, encontró junto a tierra una gran piragua que es como llaman a las embarcaciones de los indios, abandonada por sus tripulantes que habían huído; en ella encontró setenta y seis cueros, cincuenta pequeños vasos con sebo y veinte cerdos salados. El 7 encontraron al capitán Banckert que, como atrás se ha dicho, se separó de la flota al comienzo de Abril. El 9 de Abril recayeron en la costa de Puerto Rico, a la altura de la isla de Mona. Al amanecer del 10, divisaron cuatro velas a las que dieron caza. Dichos veleros, al darse cuenta de los nuestros, viraron en redondo; sin embargo, antes de mediodía los nuestros se acercaron a ellos comenzando a disparar contra el navío mayor, que arbolaba la bandera del rey de España. Manteniéase a barvolento de sus compañeros con la vela mayor desferrada. Los nuestros hicieron frente a ese buque—vice-almirante enemigo—atrayéndole con el fuego de cañones y mosquetes, que era corres-

pondido. Entretanto se quedaron rezagados dos de los navíos enemigos y el Tijger abordo uno de ellos y lo rindió, capturando a veintitrés hombres que fueron encerrados en los pañoles, colocando guarnición nuestra y quedando a lado el Nieuw-Nederlandt, para vigilarlo. El Commandeur Banckert siguió a los otros, acercándose a un navío de catorce cañones que quedara atrás, e intentó varias veces abordarlo, pero sin conseguirlo porque el navío enemigo se esquivaba dando guíañas. Estuvo ocupado en esto hasta la noche, persiguiendo al navío español en la misma costa y disparándole sin cesar; al fin hacia media noche lo abordó y rindió, pero los españoles, excepto siete u ocho, pudieron escaparse a tierra. Esta caza hizo que el Commandeur se aproximase tanto a la costa que tuvo que echar anclas y remolcar a su navío. El navío apresado estaba tan cerca de tierra que encalló, inclinándose de un lado y permaneciendo de ese modo. Todo esto ocurrió a unas doce le-
guas sobre Santo Domingo. El 11 los nuestros vieron otro barco español junto a tierra; el batel fué hasta allí, no encontrando a nadie. Otros dos bateles fueron también al navío encallado, volviendo muy cargados de tabaco y cueros; el mismo día fueron a él otra vez y dos más al siguiente; como estaba muy inclinado de popa contra la costa, no pudieron quitarle la artillería, resolviendo incendiarle. El Commandeur siguió hacia Saona, adonde llegó el 13 y encontró el Nieuw-Nederlandt, con la noticia de que el navío apresado se había ido a pique. Al otro día el Commandeur se apresuró a ir hacia Santo Domingo en busca del galeón, pero no consiguiéndolo prosiguió su viaje a Jamaica. Los navíos españoles de que hemos hablado, eran los que estaban cargando cuando los nuestros observaron el puerto de Santo Domingo, como más atrás hemos dicho; el mayor era un galeón que se escapó forzando el velamen y, como se supo por los prisioneros, iba cargado con veinti-

cuatro mil cueros, gengibre y otras mercaderías; del que encalló pudo sacarse poca cosa y en el que llevaron a Negrillo, y allí descargaron había tres mil seiscientos cueros, unas cincuenta toneladas de gengibre, y maderas. El 9 de Mayo el capitán Lucifer se juntó también con la flota.

Repuestos algo los navíos en Negrillo y estibados los víveres y bebidas que había en cada uno, el día 15 zarpó la flota siguiendo la derrota del noroeste y nor-noroeste. El 17 el general dividió la isla Gran Caimán, que es muy baja y cuyo lado oriental es inmundo; puso la proa hacia ella rodeándola por la parte del sur. La flota navegó todo el día, hasta la puesta del sol y era seguramente media noche antes de que llegasen algunos navíos. Fondeó la flota en una gran bahía arenosa, en la banda occidental, con doce o trece brazas de agua. Nuestra gente cogió en ella muchas tortugas y caimanes, que dan nombre a estas islas. Partió la flota con derrota nor-
oeste. Sufrió muchas calmas, arrastrándola las aguas hacia el oeste, con lo que, sin haber visto tierra, el 13 estuvo a la altura de 21° 48'. Al otro día se divisaron las tierras altas de la isla de Pinos, al estesudeste de nuestros navíos. Allí dieron caza a un barquichuelo que estaba entre los Cayos (así llaman a los muy numerosos islotes de arena que hay ante la isla de Cuba) y como ninguno de los yates se atreviera a seguir aquel barco entre los islotes, cuyas aguas son poco profundas, lo siguió Galeyn van Stapels, con dos chalupas, hasta la costa de la isla de Cuba, y lo apresó huyendo por tierra sus tripulantes. Era un barco nuevo y estaba en lastre; se le puso tripulación y por capitán al hijo de Lucifer, aconteciendo todo esto a la entrada de Junio. Al otro día la flota estaba frente al cabo Corrientes, que es muy sucio en su punta sud-este. Al noroeste de ese cabo hay una gran ensenada, donde se puede fondear al abrigo de los vientos de este y sur. Como al sudeste de allí encontrara buen fondo, se detuvo en ese paraje. En esta ensenada se encuentra agua dulce en un pozo. El 5 el general tuvo a la vista las tierras altas del río de los Puer- cos, pasando también el cabo San Antonio, como también los Organos. En este lugar se puso al paño, caminando con lentitud hacia el este, aprovechando la bonanza. El general ordenó que en todos los navíos se hiciese un pregón, declarando que puesto que la flota se hallaba en un paraje en que, con la ayuda divina, esperaba que fuese provechoso el viaje, nadie, al ser tomado un navío, se apresurase a abrir cajas y fardos sin que él diése las oportunas órdenes, y en caso de que así sucediese, el daño iría por cuenta del capitán del navío cuya gente cometiera el delito y los culpables rigurosamente castigados. A la tarde volvió a ver los Organos, pero luego fué mar adentro, volviendo después hacia tierra. El 8 diviso a Corona. Al otro día los yates apresaron un pesquero español, con tres hombres y sesenta
o setenta tortugas. Por esos marineros supo que ni los navíos de Honduras, ni la armada de Nueva España, habían llegado aún a la Habana, pero que se esperaba en breve su llegada. Aquí permaneció la flota algunos días, a poca marcha, observando la corriente en dirección oeste; por lo tanto, para ir al este hay que evitar la tierra e ir por medio del canal, a la altura de 23° 30'. El 13 la flota estaba junto al puerto de Cabañas. Mencionaremos aquí de paso, lo que hallamos escrito en el diario de Juan Jasperz de Laet sobre los puertos y fondeaderos que hay en estas partes de la isla de Cuba, pasado el cabo San Antonio, los cuales son los siguientes: primeramente hallaréis el río de los Puercos, como a veinte leguas del mencionado cabo; después la bahía Honda, a cinco leguas al este del río de los Puercos y en ella puede fondearse, tras de un arrecife, en cuatro, cinco, seis o más brazas de agua, según se quiera; tres leguas al este de la bahía Honda está el puerto de

Cabañas, y tres leguas más al este el de Maríen, los cuales tres puertos son capaces para navíos de quinientas y seiscientas toneladas, pero los principales son Cabañas y Maríen. Tres leguas al este de Maríen está el puerto llamado Baracoa que solo sirve para barcos pequeños; después Habana, distante tres leguas de Baracoa; ocho al este de la Habana se halla el puerto llamado Arcoco, que sirve para buques de cierto tonelaje y a seis leguas de este queda la bahía de Matanzas.

El general entró el 14 en el puerto de Cabañas, con cinco bateles bien tripulados, y en un islote pegado a tierra encontró un navío recién construido, que estaba dispuesto con su arboladura completa, y del porte de unas doscientas toneladas; había también en la isla muchos tablones, aprestos para otro navío y herramientas de carpintero, así como también algunas provisiones. Entraron todos los navíos en este puerto. Dicho islote fué ocupado con fuerza suficiente; hay en él tal cantidad de
mosquitos y son tan dolorosas sus picaduras, que nadie pudo descansar durante la noche. El general bajó a tierra el 16, con unos setecientos hombres, en el lado occidental de la bahía; encontró un camino trillado, pero tan estrecho que apenas podían pasar de frente dos hombres. Después de caminar una hora y atravesar un cristalino regato de agua limpiada, encontró un corral (lugar donde se guarda el ganado) y no halló a los habitantes, que avisados desde los desembarcaderos ya habían huido. Los nuestros se apoderaron aquí como de cincuenta cerdos, ocho novillos cebados y mucha cecina, y además veinte mil naranjas, unos mil limones, bananas y otras frutas. Después de descansar un poco y pegar fuego al lugar, regresaron, hallando en el camino tan fuertes aguaceros, que pasaron grandes trabajos antes de poder poner el pie en los bateles. Entretanto salió al mar el capitán del Goude Sonne con su chalupa, en procura de una vela que vio a lo largo y que apresó; era un pes-

quero con cinco españoles y ciento veinte tortugas vivas. El general mandó saquear ese navío de cuanto fuera utilizable y después pegarle fuego. El 17 fue apresado también un barco español, que el Nieuw Nederlandt y Lucifer, tomaron delante de la Habana, cargado solamente con maderas para la construcción de navíos; fue también incendiado. El Draeck y West-cappel, recibieron orden de cruzar frente a la costa de la Habana, apresando un barco llegado de Campeche que, como digno de mención, solo contenía mil doscientas gallinas, una caja con cochinilla, cien piastros y algunos fardos con zapatos y quincallería. Había en él veinte españoles. La tripulación arrojó al mar los géneros e incendió el barco. Nada pudo saberse, por los prisioneros, de la flota que se esperaba. Durante todo este tiempo, los nuestros anduvieron muy ocupados en procurarse agua dulce, encontrando un arroyo cuyas aguas no eran del todo potables, pero forzosamente hubo que contentarse con
ellas, a falta de otras mejores. Resuelto el general a salir, hizo sondear la barra, colocando dos canoas para que entre ellas saliesen los navíos; estos lo hicieron el 19 sin sufrir ningún daño. Fuera de la barra encontró a cuatro de los yates que por la mañana habían apresado a un pesquero español cargado de tortugas. La corriente venía del este, con lo que a la tarde la flota estuvo ante la Habana, y tan cerca de ella que se podían ver fácilmente los navíos fondeados en el puerto. Los yates se acercaron tanto al castillo de San Cristóbal, que éste pudo hacer fuego contra ellos. Según aseguran los españoles, este castillo que se eleva en la punta oriental de la barra, monta sesenta cañones, e igual número el otro próximo a él y que se levanta más abajo, lo que no es creíble; pero de todos modos han de correr gran peligro los navíos que inten ten forzar la barra. Al día siguiente la flota estaba un poco al este de la Habana. El general ordenó que permaneciesen allí dos o tres yates y envió otros tantos hacia el oeste, haciendo crucero hasta Marien y más lejos, en vigilancia de los navíos que viniesen de alta mar, y él en persona siguió con los navíos mayores y algunos yates y pasó ante los dos castillos que le saludaron con disparos. Parece que los españoles recelaban que nuestra flota entrase en el puerto, pues cubrieron la barra con siete navíos y otros buques menores. Como la flota se hallaba al presente próxima a tierra, recogió velas, singlando con la proa al norte. Al día siguiente volvió a acercarse a la barra, quedando al paio durante bastante rato. Estando así estacionada la flota, el 25, las chalupas del Draeck y el West ca ppe l, apresaron un barco español procedente de Campeche con carga de sal, mijo, pescado, algunas mercaderías, dinero y unas mil dos cietas gallinas; también llevaba ocho pasajeros y de tripulación doce marineros, por quienes se supo que ni en Campeche ni en Nueva España se tenían noticias de nuestra armada.

El 26 comenzó el general a sentirse indis-
puesto y al otro día estaba con ardiente fiebre; como ésta continuase, después de haber puesto en orden los asuntos de la flota, desde el comienzo de su enfermedad, falleció el 2 de Julio, dejando el nombre de jefe experto y bravo e intrépido marino. Casi todos los suyos lloraron su muerte. Esta muerte fué muy dañosa para la Compañía; como la flota andaba bastante escasa de víveres y especialmente algunos navíos que tenían que vivir con las provisiones de otros, desde hacía tiempo andaba parte de la tripulación con pocas ganas de andar navegando, pero contenían esas malas disposiciones por el respeto que les imponía el general. En cuanto éste murió y, siguiendo su voluntad, el pabellón de almirante fue enarbolado por el vice-almirante Adrián Claesz y pasó a vice-almirante el sota-almirante Cornelio Claesz Melckmeyt, se acabaron aquel dominio y superioridad, indisciplinándose sucesivamente las tripulaciones. Y aunque el almirante, acertadamente, anotase las provisiones que había en cada navío, con intención de repartirlas igualmente entre todos, el personal de algunos buques no consintió que se le retirasen provisiones para distribuir a los exhaustos, amenazando a sus oficiales, por lo que el almirante, queriendo evitar futuros desórdenes y desastres, se vio obligado a retornar con la flota a la República; partiendo hacia ella después de tomar provisión de agua en la bahía de Matanzas, donde se detuvo hasta el 12 de ese mes. La mayoría de los navíos llegaron aquí a fines de Agosto. Esta inoportuna retirada de la flota del general Boudewijn Hendricksz desde las aguas de la Habana, no sólo ocasionó que la Compañía recibiese esta hermosa flota escasa de botín y muy deteriorada, sino también que se perdiere la mejor ocasión que tuvo para causar pérdidas al enemigo, como a continuación referimos.
VII

FRAGMENTOS DEL LIBRO QUINTO

1628 -1629

Descripción de la isla Mona, durante el viaje del almirante general Pieter Pieterz Hein, en el año de 1629

Salieron el día 26 (de Enero) con rumbo que les permitiera pasar entre la Española y Puerto Rico.

El día 1 de Febrero vieron tierra a cinco leguas al norte. Era una alta montaña en la latitud de 18° 18’ y al día siguiente vieron la punta occidental de Savona. Bordearon ésta hasta alcanzar la punta este. El día 14 divi-
saron Mona, y como el navío hiciese mucha agua, tuvieron necesidad de fondear allí, y anclaron al día siguiente junto a una punta baja, con trece brazas, en fondo de arena. Se dirigieron a tierra en chalupas, pero al estar cerca, vieron que todo el lado oeste estaba defendido por un arrecife donde rompían con violencia las olas, de manera que no pudiendo llegar a la playa, remaron hacia el lado sur, donde encontraron muchos escotillos a flor de agua, teniendo que alcanzar la tierra a nado, cogiendo al llegar a ella unas seiscientas naranjas. Encontraron también un pozo con agua.

Llegados a bordo, descubrieron el lugar por donde hacía agua el navío y lo taparon. Da la siguiente descripción de la isla.

La isla Mona está situada a los 18° 10' de latitud norte, es pequeña y queda como a medio camino entre la Española y San Juan de Puerto Rico. Tiene fondeadero en los lados oeste y sur. El del lado oeste no tiene más
VIII

Lista de los navíos, barcas y carabelas que capturó al enemigo la escuadra de Boudewijn Hendricksz, con los destruidos y averiados.

Año de 1625.

1. Una barca capturada con cargamento de harina de mandioca.

7. Siete navíos destruidos dentro de Puerto Rico.

1. Un barquito muy velero con dos culebrinas de bronce; capturado.

1. Una pequeña barca española con 326 cueros, &.

Año de 1626.

1. Una fragata española cargada de tabaco y muchas cosas de valor, capturada.
2. Un barquito nuevo, vacío, y una barca con tortugas; capturados.
2. Dos navíos grandes procedentes de Santo Domingo con un rico cargamento; destruidos a cañonazos.
1. Uno capturado, con 3.600 cueros y 50 toneladas de gengibre, &.
1. Un barquito español con salazón de pescado; capturado.
1. Un barquito vacío con dos culebrinas; capturado.
1. Un navío nuevo de doscientas toneladas, incendiado en el puerto de Cabañas.
2. Una barca con tortugas y un barquito con madera, capturado frente a la Habana.
2. Otras dos barcas destruidas.
1. Un barco procedente de Campeche; capturado.

APÉNDICE

I

Capítulo XVII de la obra «Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico», por Fray Isidro Abad y Lasierra.—Madrid, 1788.

II

Relación de la entrada y cerco del enemigo Boudoy-no Henrico, General de la Armada del Príncipe de Orange en la ciudad de Puerto Rico de las Indias; por el Licenciado Diego de Larrasa, Teniente Auditor General que fué de ella. (Real Academia de la Historia.—Misceláneas.—Madrid).

III

PLANO

en que se manifiesta con la mayor exactitud el Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, y todas sus inmediaciones, levantado con plancheta y la más escrupulosa atención, de orden del Mariscal de Campo Don Alejandro O'Reyill.—San Juan de Puerto Rico, 17 de Mayo de 1765. (firmado) Thomás O. Daly. (Copia del original a la acuarela perteneciente al Archivo y Biblioteca Puertorriqueña del Ledo. Fernando J. Gélégel Sabat).
Capítulo XVII de la obra «Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico» por Fray Inigo Abbud y Lasierra. Madrid. 1768

Los ingleses y holandeses atacan y destruyen la ciudad de Puerto Rico. Sitúan el Castillo del Morro. Salida de la plaza y reembarco de los holandeses. La armada de España bate y deshace a los piratas.

Sumergidos los habitantes de Puerto Rico en la languidez y desmayo a que los habían reducido las epidemias, huracanes y guerras, especialmente la de los Caribes, para cúmulo de sus desgracias padecieron nuevos insultos. Los extranjeros, que codiciaban esta isla,
ya que no pudieron conseguir dominarla, desahogaron su cólera quemando y robando la ciudad deseosos de extinguitarla; y como estaba indefensa les fue fácil atacarla y destruirla a su arbitrio, aunque por fin reforzados sus vecinos con algunos socorros que les llegaron de España escarmentaron a sus enemigos y los expulsaron de la isla.

En 1595 el célebre pirata Francisco Drake, después de haber robado e incendiado las costas del Perú, Cartagena y otras provincias, forzó el puerto de la ciudad de Puerto Rico con una numerosa flota; quemó las embarcaciones que se hallaban en él y saqueó la ciudad; pero considerando no podía subsistir en ella sin abandonar el objeto de su empresa, siguió su viaje dejándola destruida. Tres años después el Conde Cumberland se apoderó de la isla con ánimo de establecerse en ella; pero el cuchillo de la epidemia que entró en sus tropas le quitó en pocos días más de cuatrocientos hombres, precisándole a abandonar la empresa: saqueó e incendió la ciudad nuevamente, matando a muchos de sus vecinos y se hizo a la vela llevándose el despojo y setenta piezas de artillería (1).

Estos insultos determinaron a la corte de España a pensar seriamente en la defensa de Puerto Rico. Se fortificó el castillo del Morro, que se había comenzado de orden del Señor Felipe II; se envió alguna tropa, armas, municiones y artillería, y se proveyó de cuanto convenía para su defensa y para que volviese allá los indios naturales que se habían retirado a las otras contiguas. Recogieronse estas tristes reliquias de aquella numerosa nación que antes había poblado la isla, con las cuales se establecieron algunas poblaciones, por todos los medios que las circunstancias del Estado lo permitían se procuró asegurarla de las invasiones de los enemigos que manifestaban codiciarla.

(1) Gaz. Amer. tomo 3, fol. 61.—Echard. fol. 82.
En 1615 los Holandeses enviaron contra Puerto Rico una poderosa escuadra al cargo del General Balduino Enrique. Este tomó la ciudad que todavía no tenía murallas ni defensa; pero estaba ya construido y bien fortificado el castillo de San Felipe del Morro, al cual pusieron sitio (1). El Gobernador D. Juan de Haro se había retirado a él con alguna tropa y los vecinos capaces de tomar las armas. Balduino se acampó en el llano que media entre la ciudad y el castillo; apenas comenzó a fortificarse cuando los sitiados huyeron una salida, mandada por el Capitán D. Juan de Amézquita y Quijano, natural de la ciudad de San Sebastián en la provincia de Vizcaya, y cargaron sobre los Holandeses con tanto ardor que después de un reñido choque los pusieron en huida, dejando el campo cubierto de muertos y heridos con mucho botín y pertrechos de guerra.

(1) Gáz. Amer. tomo 3, fol. 61.—Echard, fol. 274.

El Capitán Amézquita siguió en alcance del enemigo, quien procuró embarcarse precipitadamente, lo que no verificó sin mucho descalabro. Quedaronse muchos Holandeses ocul- tos entre la maleza que había en todo el terreno intermedio desde el campo del Morro hasta la Puntilla, lo cual advertido por los Españoles volvieron sobre ellos y los mataron o huyeron prisioneros. Inmediatamente en la misma noche levantaron a la lengua del agua en la parte de la Puntilla una buena trinchera de fagina, la guarnecieron con algunos cañones de artillería que bajaron del castillo con toda diligencia, empezó a batir la escuadra enemiga que estaba anclada en la bahía, y después de alguna resistencia la obligó a levarse habiéndoles echado un navío a pique y maltratado algunos otros.

El Capitán Amézquita cuando salió del castillo contra los enemigos encontró a su frente al General Balduino contra quien tiró la espada y le quitó la vida. Los demás Españo-
les hicieron también su deber, que enardecidos contra los Holandeses se precipitaban tras de ellos por los derrumbaderos y cuestas, en donde padecieron algunas desgracias, quedando algunos muertos y muchos estropeados, pero victoriosos, y los enemigos bien escarmentados (1).

El Rey, informado de la bizarría con que el Capitán D. Juan de Amézquita se había ofrecido a la salida y del valor con que se portó en ella, le confirió el gobierno de Cuba, en donde construyó el castillo del Morro que defiende la entrada del puerto de aquella plaza. A los soldados que más se distinguieron en esta ocasión dió diferentes empleos; a otros consignó pensiones; y para alivio de los heridos fundó un hospital asignándoles para siempre el sueldo de dos plazas de soldado que cobra hasta el presente. 

Para libertar de tales asaltos a Puerto Rico,

(1) Gaz. Amer, tomo 3, fol. 61.
que pudieron salvarse con la huida. Estos se refugiaron a las islas desiertas, en donde se establecieron, y dejaron en paz a los Españoles por algún tiempo (1).

El feliz éxito de esta expedición y las demás providencias acordadas por la corte para la seguridad de Puerto Rico, parece podían lisonjear a sus habitantes de haber llegado el término de tan repetidas desgracias; pero les sucedió muy al contrario: en estos años se presentaron en el teatro de aquellos mares una multitud de hombres desalmados o de furias infernales que ejecutaron las más inauditas crueldades, robos, incendios, muertes, sacrilegios y toda especie de inhumanidad; quedando ésta y las demás islas expuestas a la tiranía de los piratas franceses, ingleses y holandeses, que las asaltaban alternativamente (2) jurando con odio implacable no conceder la vida a ningún Español que cayese en

(1) Raynal, tomo 4, fol. 40.
(2) Raynal, tomo 4, fol. 66.
La bandera del Príncipe de Orange fue izada en la plataforma de la Casa del Gobernador en San Juan, durante el asedio holandés.

Conrado F. Asenjo
II

RELACIÓN

de la entrada y cerco del enemigo Boudyño Henrico, General de la Armada del Príncipe de Orange en la ciudad de Puerto Rico de Las Indias; por el Lcdo. Diego de Larrasa, Teniente Auditor General que fué de ella. (Real Academia de la Historia de Madrid.—Misceláneas).

Miércoles, 24 de Septiembre del año de 1625 por la mañana se avisó de la fuerza de Sant Pheliphe del Morro parecían a barlovento del puerto ocho velas, certificóse de ello el Gobernador y Capitán General Juan de Haro, viéndolas desde una ermita que se dice Santa Bárbara. Dió algún cuidado por-
que tres de ellas andaban de una vuelta y otra. Hubo nuevas en este instante que se habían visto veinte y cinco, con que el Gobernador despachó diez hombres de la compañía de a caballo por la costa y playas, para que reconociesen si era verdad, y si se iban llegando a tierra. No hubo nuevas hasta las ocho de la noche que uno de los de a caballo avisó se habían contado diez y siete, con lo cual se tocó arrebato y se hizo disparar algunas piezas del Castillo que era la señas que estaba dada para que la gente del campo acudiese y con la que estaba en la Ciudad se agregasen a sus compañías y se les diese pólvora, balas y cuerda, y de allí se ordenase lo que más conveniese al servicio de S. M.

Jueves 25 del dicho por la mañana. Todas las diez y siete noas amanecieron a barlovento del puerto como dos o tres leguas, y luego al punto ordenó el Gobernador que la gente se pusiese en escuadrón en la plaza, y que del Morro se sacasen dos piezas de artillería.

Estas se llevaron a un puesto que se dice el Boquerón, media legua de la Ciudad, sitio por donde el enemigo había ganado otra vez la tierra. Fué a verle el Gobernador y en su compañía Don Juan de Vargas, su antecesor. Hízose allí trincheras y quedó en ella con la gente que pareció necesaria el dicho Don Juan de Vargas, por ser la parte más importante y parecer que el enemigo había de acometer por allí. Quedando esto en esta disposición, se volvió el Gobernador por la playa nombrando gente que quedase en un puesto que llaman del Cambron, que era otro por donde se podía acometer. En estas prevenciones, las velas del enemigo se fueron llegando a la capitana que estaba atravesada con los palanquines izados y según se entendió fué para tomar resolución de lo que se había de hacer, porque a la una del día estando el viento brisa entablada, muy claro y sereno, cazaron a popa navegando con todas velas a la entrada del puerto. Ordenó el Gobernador que
el escuadrón de la plaza, cada compañía marchase hacia el Castillo, y de allí todos en orden a vista del enemigo y de reencuentro fuesen caminando toda la gente por la playa arriba tan cerca de las naos, que con su artillería podía el enemigo ofender la facción, que pareció muy bien, porque se hizo más ostentación de lo que podía con la poca gente que tenía el Gobernador y que también se amedrentase al enemigo para que no entrara en el puerto. El sin embargo, con la resolución que traía, se entró por él tan a salvo y seguro como si fuera por uno de los de Olanda o Zelanda, por la poca o ninguna destreza de los artilleros y tan tan pocos y la artillería tan mal parada, que muchas piezas al primer tiro se apeaban por estar las cureñas y encabalgamientos viejos y que algunos de ellos había cuatro años que estaban cargados. La culpa de esto no sé quien sea el autor, sólo que el Gobernador Juan de Haro cuando entró el enemigo había 27 días que se hallaba en ellos. No estuvo tan descuidado que luego no hizo llevar al Castillo seis piezas de artillería de bronce gruesa de a 13 libras la menor, que estaban en la Ciudad desencabalgadas, que habían quedado del galeón que se perdió, del cargo del general Thomas de la Paspuru a la entrada del puerto por el año de 23, cosa tan importante, que si el enemigo hallará estas piezas en la parte donde estaban, con ellas sólo podía batir el Morro. Los demás días estuvo ocupado en pregonar y tomar la residencia de su antecesor y oficiales, examinando en cada uno tres o cuatro de la secretaria. El enemigo dentro, ordenó el Gobernador al Capitán Joan de Amezquita que su compañía marchase haciendo cara al enemigo hasta la Puntilla, parte donde iba a dar fondo, y comisionó al capitán Don Angel Móxica Leicau y Don Pedro Pantoja que lo era de la gente de la tierra y el Capitán Matheo Delgado de la forastera, cumplieron todos con la orden de su general, como muy valientes y
esforzados, porque el riesgo era grande y evidente por las muchas balas de artillería que el enemigo tiraba, tanto, que con pretender el Gobernador hacerse fuerte en aquel sitio para impedirle no echase gente en tierra, le faltó la mayor parte de la que había de ella, y algunos de la infantería, que le obligó al Gobernador, que se hallaba en todos y en los mayores peligros, a retirarse al Castillo con los Capitanes y la poca gente que había quedado, ordenando al capitán que él con su gente y la que se le dió de la infantería, metiese bastimentos en el Morro, porque como la entrada del enemigo fué tan repentina y por parte y sitio no imaginado e increíble, no se había puesto mucha eficacia en esto, ni en que las mujeres y vecinos desamparasen sus casas y pusiesen sus haciendas en cobro, porque si entraba por donde se entendió y se hizo otra vez, había tiempo bastante para todo; porque lo demás parecía divertir a los soldados, y que los vecinos no acudiesen con tan-

tas varas a defender el paso al enemigo por cuidar de sus casas y familias.

Aquella misma noche se metieron en la fuerza 120 cargas de casabe, 46 fanegas de maíz, 130 botijuelas de aceite, 10 barriles de bizcocho, 300 quesos de islas, una pipa de harina, 30 peruleras de vino, 200 aves, 150 cajetas de carne de membrillo, 50 reses que aquella tarde trajo al Morro el regidor Francisco Daza, por habersele cometido, y 20 caballos. Con este bastimento y socorro, la propia noche antes que el enemigo saltase en tierra e impidiese el campo para los pasos, nombró el Gobernador por comisarios al Capitán Alonso de Figueroa, Alcalde ordinario, Francisco Daza y Diego Montañés, Regidores, Capitán Pedro de Villate, Joan de Lugo Sotomayor, y Don Juan Ponce de León, dándoles a cada uno comisiones para recoger canoas, barcos y otro cualquier género de embarcación, y que en ellos socorriesen la fuer-
za, con el abasto de carne y casabe y maíz que se hallase.

Otro día el Gobernador tomó lista de la gente que había en el Castillo para dar ración y nombrar oficiales que acudiesen a hacer ranchos que no era lo menos importante, como lo fue la elección del Capitán Joan Millán de Zayas, persona venerable e inteligente y de quien el Gobernador ha fiado cosas de muy gran importancia del servicio de S. M., y haberle servido en su compañía más de 26 años; y de proveedor de bastimentos y distribución de ellos, hízolo también y con tanta cuenta y razón, que con ser 330 personas de ración, con el poco bastimento referido, animaba a los soldados de manera que prometía sustentarlos muchos meses con ellos.

Viernes y sábado 26 y 27, del dicho, echó el enemigo toda su gente en tierra con escuadrones formados. Empezó a reconocer el Castillo y el modo y disposición que había para atrincherarse. Domingo 28, comenzó a ponerlo en ejecución; y lunes 29, plantó seis piezas de artillería de bronce de a 7, 12 y 18 libras bala, en el Calvario, lugar de los más preeminentes para ofendernos y batir la fuerza. Este mismo día se disparó mucha mosquería, de una y otra parte, y el Sargento mayor García de Torres yendo a retirar de un caballero una posta, le pasaron de un mosquetazo y murió al cabo de siete días, y hirieron de otro al alférez de infantería Gabriel de Orellana. Disparóse la artillería del Castillo y les mató mucha gente, y de las suyas, con ser muchas las que dispararon, no hizo daño.

Martes 30, saliendo un sargento del enemigo fuera de las trincheras, con una espada desnuda haciendo bizarrías, un soldado de los que estaban de posta en un caballero, le derribó de un mosquetazo retirado. Como a las 9 de la mañana vino el tambor del enemigo con bandera blanca y la carta que así ella
como su respuesta a la letra es la que sigue:

CARTA. — Sr. Gobernador Don Joan Fare.—Bien puede ver V. Merced, la razón porque le somos tan acercados y considerar nuestra intención, así queremos: yo Boudoyno Henrico, general de esta armada, en el nombre de los Señoríos los Estados Generales y de el Ilustrísimo Señor Príncipe de Orange, que V. Merced sin hacer alguna excepción, nos entreguen el Castillo con sus personas en nuestras manos, lo cual haciendo no dejaremos de venir a buen apuntamiento, y al contrario, no queriendo; sois avisado que de aquí adelante nos hemos resolto de excusar persona, viejo ni mozo, mujer ni niños, y sobre esto aguardamos su respuesta, y esto en pocas palabras. Estando en la Ciudad de Puerto Rico, año mil y seiscientos y veinte y cinco.—Boudoyno Henrico.

RESPUESTA. — Visto el papel que V. Merced me ha escrito, y me espanto, que sabiendo que estoy yo aquí y con 13 años de

Flandes, donde he visto las bravatas de aquella tierra, y saber lo que son sitios, se me pidan semejantes partidos; y si V. Merced quisiere o pretendiere alguno, ha de ser entregándome los bajeles que están surtos en ese puerto, que yo les daré uno a los que hubieren menester para que se retiren; que esta es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra: Con que he respondido a su papel. En este Castillo de San Pheliphe del Morro a 30 de Septiembre de mil y seisientos y veinte y cinco.—Don Juan de Haro.

Y vista por el enemigo la respuesta de su carta hizo disparar con mucha cólera y coraje más de 150 tiros de artillería. Fué Dios servido que no ofendió a ninguno de los nuestros; sólo que con el ánimo y brío de los artilleros, por cargar y disparar apresura y no haber limpiado bien las piezas, cargando una, se dió fuego y hizo pedazos a dos de ellos, de los mejores y más adelantados que teníamos. La noche consecutiva habiendo dado una pie-
FERNANDO J. GEIGEL

za sobre la puerta principal del Castillo, cayó en la plata forma alta la bala y hirió a dos, quebrándole a uno la pierna y a otro maltratado.

Miércoles 1.° de Octubre. Llegando cerca del Morro un navío de Islas, con vinos y otras cosas de comer, para asegurárle se despachó a Pedro Sarzuela, soldado, con orden del Gobernador para que surgiese y diese fondo debajo de la artillería, pena de traidor: no lo hizo, o porque no quiso o porque el tiempo no le dió lugar, sin embargo de que después se vió hizo diligencias para volver, quedándose de una vuelta y otra, y subir a barlovento. El enemigo que todas sus fuerzas ponía en quitarnos el sustento y socorro, con poco viento y remolcando echó un patache fuera, y aunque se disparó toda la artillería no se le ofendió porque otro día se vió ir en seguimiento del que nos había de socorrer, y así le obligó a cazar a popa y irse a Santo Domingo. Causas fueron estas que desanimaran no

BALDUINO ENRICO

poco a los soldados y demás gente del Castillo, si nuestro buen Gobernador Joan de Haro, sacando fuerzas de flaqueza no los animara; poniendo la causa en manos de Dios y no pretendiendo más que su honra y la de su Rey y Señor, y no particular suyo, como muchas veces se le of decir y así aquella misma noche y otras muchas, por partes, y sitios incógnitos los comisarios nombrados cada uno de su distrito y parte señalada socorrián con casabe y carne que podían. Este patache del enemigo más de veinte y cuatro días estuvo de frente del puerto, echando lanchas de noche para coger las canoas conque nos venía el socorro, y de día siguiendo las velas que parecían, pero no cogió ninguna.

Otro día jueves 2 de Octubre estuvo el enemigo en silencio sin disparar pieza ni mosquería: dió cuidado porque aquella noche se vigió con más veras que otras. Esta noche cuatro hombres del campo entraron en la Ciudad y cogieron un espía que dió noticia de la
armada general, nación, capitanes, gente y pertechos que traía, y de cómo habían salido de Olanda 33 velas para socorro de la gran bahía del Brasil, y las 13 se habían apartado a la mar del Sur, y las demás restantes venían con demanda de este puerto, porque el Brasil lo hallaron por los nuestros; y que soldados y gente de mar no traía de 1.000 hombres arriba: esto nunca se tuvo por cierto, porque sin duda eran más de 2.500, y porque las partes y sitios que el enemigo ocupaba eran muchos y en cada uno abundancia de gente, y las naos 17 y todas de 500 toneladas arriba.

Viernes 3. Se disparó mucha artillería y de la Armada se hizo lo mismo desencabalgándose otra pieza, y se mató al parecer mucha gente.

Sábado 4. Al amanecer, el Gobernador echó fuera del Morro por el postigo, hasta 80 hombres en dos trozos, por cabos al Capitán Don Sebastián de Avila, vecino de esta Ciudad, soldado viejo, y al Capitán Don

Andrés Botello, natural de Canarias, y a Don Antonio de Mercado hijo del Capitán D. Alonso de Mercado, Gobernador que fue de esta isla, con diez hombres, para que los demás cada uno por su parte acometiesen a las trincheras a un tiempo. El D. Antonio se adelantó tanto, que los demás no tuvieron tiempo para hacer su facción como se les había ordenado, que fue causa de no haber degollado mucha gente al enemigo, aunque el Don Antonio con sus diez hombres le mató algunos. Este día, viniendo al puerto una fragata que había ido a pescar careyes, la corrió el patache que andaba fuera y milagrosamente se escapó y dió fondo, y se le sacaron más de 70 careyes que traía, socorro importantísimo para el sustento. Con estos dos buenos sucesos y una espía que cogieron aquella mañana, que dió noticias que nuestra artillería le había muerto mucha gente, se animaron los nuestros y pidieron al Gobernador les dejase salir a campaña otra vez.
Domingo 5 de Octubre, fiesta. De la Naval, como a las nueve la mañana, del caballero de Austria dieron aviso a nuestro Gobernador como el enemigo bajaba una pieza por las trincheras, acercándola a nuestro foso, subió luego en persona y vió como era cierto, mandó luego acostarle una pieza y el artillero lo hizo tan bien, que le deshizo y le mató según después se supo ocho hombres, y al punto dió orden al capitán Juan de Amézquita saliese con cincuenta hombres y que embistiese a las trincheras. Hizolo a las doce del día con tan grande ánimo y esfuerzo, que desbarataron los que había en ellas degollándoles más de sesenta, entre ellos un Capitán (1) y Sargento Mayor de los más animosos que el enemigo traía, sin que de los nuestros muriese ninguno, sólo salieron heridos, y el más peligroso que quedó dejaretado de un brazo fue Luis de Larrasa, natural de las montañas,

(1) El capitán Vseel (N. del T.)
la de los nuestros que gente era, respondiendo
doseles en su lengua que de los suyos, y de
tal nao conocieron el engaño y se pusieron en
arma, y a este punto se les dió Santiago, y
se apoderaron de la lancha degollándolos a
todos sin que se escapase hombre. Vino a su
socorro otra que estaba el río arriba, y pelean-
do con ella le mataron la gente. Solos 5 hom-
bres que huyeron en ella, que por estar tan
ocupados y divertidos con las dos, no los
siguieron. Estas dos lanchas se llevaron por el
ríó arriba y se aseguraron en parte donde el
enemigo no las pudiese coger, porque con
ellas nos prometíamos muy buenos sucesos
y que se nos había de meter en el Castillo to-
dó género de socorro, como se hizo.

Miércoles 15 de Octubre. Enojado el ene-
migo y que se le iba deshaciendo el intento
que tenía de rendir la fuesa por hambre, ar-
mó 7 lanchas con 140 hombres, muchos pe-
dreros, mosquetería y chuzos, y hizo acometi-
tiendo al río por dos partes en busca de sus
dos lanchas. Las cuatro entraron por la boca
principal del, y las tres por un desaguadero,
que se dice Boca Vieja, a un mismo tiempo.
Los nuestros que estaban con vigia, les de-
jaron entrar y en la primera emboscada, les
dieron una ruciada de mosquetería que se-
rían hasta quince, y luego se pusieron en
huída para que el enemigo se acercara y echa-
ra gente en tierra como lo hizo, y luego como
valientes Españoles volvieron a ellos hacién-
doles cara, degollando muchos, hasta que se
retiraron a sus lanchas, cogieron algunos des-
pojos, y las lanchas se volvieron, lo cual no
hicieran si las dos nuestras estuvieran allí.

Jueves 16 a las 10 de la noche. Este Capi-
tán Don Andrés, con orden del Gobernador,
fué con 30 hombres de la tierra en las dos
lanchas, dieron asalto al Cañuelo, que es un
fuerte que defiende el paso a las lanchas y
canoas así de las que salen como de las que
entrán en el puerto y río, en que estaba ya el
enemigo apoderado con artillería y gente de
guarnición. Luego que llegaron los nuestros, le dispararon la mosquetería a las ventanas del fuerte, porque la puerta estaba cerrada para que ellos no tuvieran lugar de disparar su artillería, sin embargo lo hicieron pidiendo socorro a el armada, a que acudieron dos lanchas y antes que la delantera abordase le embistieron y mataron la gente de ella sin que quedase ninguno. Con esto reconociendo la otra lancha la fuerza de nuestra gente se retiró. Los del fuerte con piedras y artificios de fuego se defendían tan valerosamente, que de ninguna suerte dejaban llegar a los nuestros. Viendo esto, para rendirlos se tomó por medio quemarles la puerta y darles fuego por dentro, con lo cual diez y seis que había sin dos muertos se rindieron. Duró esta batalla a vista del enemigo y de nuestro Castillo dos horas muy largas, trájose a él el despojo y flamencos, dio el Gobernador muchas gracias a Dios, y a Don Andrés y soldados, agradecimientos. Día de San Lucas 18 de Octu-

bre, puso el enemigo dos naos junto al Castillo, casi debajo de la artillería. El intento no se supo, pero por lo que después se vió, fue por dar ocasión a que nuestras lanchas le acometiesen que eran ya 4 y rendirlas, ocul-
tando la gente debajo de cubierta, porque arri-
ba se veía sólo algún marinero. Otro pensa-
miento también se hizo que fue el darnos oca-
sión de que gastásemos nuestra pólvora, por-
que como habían tenido nuevas de que tení-
mos poca, era aquella buena para consumirla.

Nuestro Gobernador que todo lo previno, no faltándole bríos ni ánimo, ni desconfianza en que le había de faltar, en el tiempo que allí estuvieron les dió tan buena batería que otro día con toda prisía se retiraron, y la una tan maltratada, que hubo necesidad de encallar en tierra y alijar la artillería para repararse.

Martes 21 de Octubre escribió el enemigo la carta de abajo. Va a la letra con con su respuesta.

CARTA 2.° DEL GENERAL. — Sr. Go-

174
bernador: Ya sabe el poder que tenemos sobre esta Ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resolto quemar, pero también todo lo que está a el entorno de ella, lo que os queremos avisar. Si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño se quiera acomodar con nosotros, si así es, mándanos luego con quien habemos de tratar. Otra mente no dejaremos de poner luego a ejecución nuestro intento. A 21 de Octubre en Puerto Rico.—Boudoyno Henrico.

RESPUESTA.—He visto el papel que se me ha escrito; y si todo el poder que queda en Olanda estuviera hoy en Puerto Rico, lo estimara en mucho, porque vieran el valor de los Españoles. Y si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte y los materiales en la tierra. Y hoy estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar a toda la suya; y no se me escriban semejantes papeles porque no respondo a ellos; y esta es

la respuesta que doy. Y en lo demás, hagan lo que les pareciere. Deste Castillo de San Pheliphe del Morro 21 de Octubre 1625.—Joan de Haro.

Después de cogido el Cañuelo, y estos buenos sucesos, luego al punto el Gobernador para continuarlos y acabar de consumir a el enemigo, consiguiendo una muy gran victoria, ordenó al capitán Don Andrés que juntase toda la gente del campo que estaba repartida en los puestos, y con sus armas acometieran por el puente, haciendo seña para que al mismo tiempo saliese gente del Castillo, y por una y otra parte se acometiese a el enemigo, con que era fuerza degollarle cogiendo al general, y toda su armada. Hubo tanta remisión en esto de parte de todos que cuando se acudió al remedio, ya el enemigo con la respuesta del Gobernador había quemado 46 casas de piedra y 52 de tablas, que si el Gobernador no estuviera tan fiado en la puntualidad del Capitán Don Andrés y en el valor y esfuerzo de la gen-
te del campo, que siempre la tuvieron, entre-
tuviera al enemigo y no tomaran tan breve re-
solución que fuera buena e importante si el
enemigo no pusiera tan presto en ejecución su
intento y no se hubiera faltado en cumplir la
orden y disposición que el Gobernador había
dado. Finalmente por acudir al reparo, y que
el enemigo del todo no quemara y arruinara
la tierra como lo iba haciendo, con el mayor
esfuerzo y ánimo del mundo, ordenó al capi-
tán Joan de Amezquita que con 150 soldados
saliese al campo y embistiese a el enemigo
hasta hacerle retirar. A este mismo tiempo se
hizo lo mismo por el puente, y por una y otra
parte se dieron tan buena maña, que por cer-
tificación del Sargento mayor y lo que se vió
desde los caballeros del Castillo; se retiró tan a
tropel el enemigo y con tanta cantidad de gen-
te, que unos sobre otros se arrojaban a el mar
ganar sus lanchas y naos. Y a no estar tan
juntas todas y casi con planchada en tierra,
los nuestros pudieran llegar a tiempo que de-
gollaran muchos de ellos, que fué acordado
no lo hacer por el empeño y peligro evidente.
 Esto fué de suerte que parece increíble, por-
que el enemigo en solo dos escuadrones se re-
tiró con más de 700 infantes, y los nuestros
se puede decir que fué más el ruido que las
nueces, porque criticamente y como pareció
por las listas en el campo y Castillo no hubo
200 soldados que tomasen armas para pe-
lear, porque los demás eran viejos e impedi-
dos y enfermos. Por estar continuamente con
las armas en la mano y el sustento tan limi-
tado, las dos partes de la gente no fué de pro-
vecho de ninguna manera; todo esto suplió
el ánimo y valor de nuestro buen Goberna-
dor y el que tenían los Españoles y naturales
de la isla, cuya memoria merece estar escrita
entre los casos memorables. Porque, cuando
se ha visto, v en que guerra, que cinco Esca-
ñoles en una canoa, que es un Palo hueco,
embistían a una lancha de 25 hombres con
mosquetes, pedreros y chuzos y los rinden?
y así mismo, otros 30 a un fuerte, guarnecido con su artillería y gente que parecía inexpugnable, y no solo le rindan, pero a la gente que les acudió de socorro degollaron, y 200 a 700 haciéndolos retirar y dejar la tierra? Esta retirada fue a 22 de Octubre como a las diez del día; ordenó el Gobernador que se hiciesen algunas trincheras en las bocas de las calles por si el enemigo volviese a saltar en tierra y que se apagasen los fuegos acudiendo 100 hombres a esto, como se hizo. Embarcado el enemigo en sus naos sin hacer mudanza con ellas. A 23 del dicho mandó sacar nuestro Gobernador tres piezas una de a 13 libras y otra de a 10 y otra de a 7. Plantáronse en lugar muy cerca a las naos, de noche y sin que lo entendiese el enemigo, para asegurarse que no se retirase. Fue tanta la batería que se hizo a la capitala, que le deshicieron la popa y la pasaron por muchas partes matándole mucha gente y lo mismo a la almiranta y otras naos que estaban cercanas, tanto que les obligó con toda diligencia el atarse y desviarse lo más lejos que pudieron. Mucha fue la batería del enemigo, pero a Dios las gracias solo cuatro de los nuestros salieron heridos, el uno con una pierna menos y otro un brazo, Los otros dos murieron, entiéndese: fue más de espasmo que de las heridas. Desde este día se estuvieron reparando y aderezando de los balazos hasta fin del mes. Nuestro Gobernador, que por ninguna manera se descuidaba, viniendo que le faltó puesto para acercar la artillería y hacerle más batería, ordenó de juntar todos los oficiales carpinteros y herreros, y que con toda brevedad trabajando de día y de noche y asistiendo él mismo en persona, se hiciese una cadena de palos muy gruesos; éstos fueron seis y cada uno de 27 codos de largo y del grueso de un árbol mayor para navío de 200 toneladas. La pernería y chapazón y anclaje, el que tenía la misma platina de hierro así tosca y por labrar, y se pusiese en el canal del puerto por la parte
más estrecha con sus pedazos de cadena, anclaje y cables lo más gruesos que había. Acabado esto, el enemigo hizo señas de leva con lo que el Gobernador apresuró el llevar la cadena por no perder tiempo y ocasión. El enemigo que lo vio con viento favorable, que siempre le tuvo, al instante se hizo a la vela y acometió a salir, siendo la primera la almiranta que en un bajo que está junto a la canal encalló este día que fué de todos los Santos. Salieron todas tres sin tener efecto lo de la cadena porque no hubo lugar para ponerla; dispararonse a cada una 30 piezas y entre ellas muchas de a 24 y 28 libras bala, y certifico, como quien lo vio, que pocas fueron las que no se emplearon haciéndoles muy gran destrozo. Las tres piezas que estaban fuera luego dieron tras de la almiranta encallada y le hicieron mucho daño, según se vió, ésta se retiró a las diez de la noche, que fué pleamar, con las demás. Domingo 2 del dicho como a la una del día, salieron todos

escepto una que quedó encallada. El Gobernador que se hallaba imposibilitado de poderles impedir el paso y que no tenía otro medio ni modo para ofenderles, dispuso lo del artillería, nombrando persona de consideración que acudiese a los artilleros y soldados que estaban para disparar en cuatro plataformas, que dividió para el efecto. Hizose tan bien y con tanta orden y presteza, que por ningún caso se perdió bala, acudiendo a todo con su misma persona, sin reparar ni ponerse por delante ninguno de los peligros, que fueron muchos por la batería del enemigo, que no se hizo esto tan a salvo que cargando una pieza de las nuestras asistiendo él en persona para dar más prisa, se dió fuego en el cartucho y hizo pedazos a un soldado adelantado que la estaba atacando y a otros cinco o seis echó por el suelo y a nuestro Gobernador con los astillazos del atacador y la pólvora derribándole en tierra le hizo 24 heridas por todas las partes de su cuerpo y así
herido y del fuego que le dió en la cara se animó diciendo: ¿Aa, hijos, que no es nada, nadie deje de acudir a su cargo. Retírese por sus pies a curar, sacósele de una pierna y bravas algunas astillas, estuvo en la cama nueve días que labró el fuego ordenando de ella de día y de noche lo necesario e importante para que la nao encallada y un patache y lancha que quedó con ella no saliesen del puerto, con las lanchas y gente necesaria acometiesen al patache que estaba desviado de la nao y encallado y le sacase y pusiesen en cobro. Esto no se consiguió porque el capitán Joan Amezquita, no sabiendo la orden que tenía Don Andrés, se adelantó y fué él en persona con dos lanchas a tomar el dicho patache, fué señor del con toda su gente y estuvo desde prima noche hasta las doce de ella por nuestra la nao que se había desencallado y que se veía en su parage disparando toda su artillería, obligó al capitán con su gente le largase. El Gobernador sintió tanto esto que castigara sin duda al culpante, que yo creo sería el piloto, por tener por hombre animoso y valiente a el capitán, sin embargo de que lo dejó a mejor juicio y parece que será el de nuestro Gobernador en la causa que va escribiendo sobre el caso. Vuelta la nao a la parte en que se había levado, sin dilación ordenó el Gobernador hacer trinchera y bajar la artillería a un sitio que se dice la Puntilla, aunque lugar peligroso por estar tan bajo y cerca donde estaba la nao, muy de importancia para batirla. Hízose tan apriesa que la nao maltratada buscó canal y sitio incógnito e increíble por los pilotos de la tierra por no se haber visto jamás otra nao, aunque fuese de muy menor parte en este estado, y que la artillería no podía surtir efecto por estar desviada. Ordenó el Gobernador con una nao de 200 toneladas que milagrosamente escapó del enemigo que estaba fuera, avisarle el Gobernador con una canoa que el capitán Santiago de Villate y Escobedo, vecino de esta ciudad, con 80 infantes y a Don
Andrés con sus cuatro lanchas haciendo escotla y guardando las órdenes del dicho capitan, embistiesen a la nao hasta rendirla, atropellando todo género de dificultad, porque ninguna se les admitiría por ningún caso. Puesto por obra, el viento terció tan mal que no fué posible el abordarla, y esto creo que convino a los nuestros y que así lo dispuso nuestro Señor por lo que después se vido, porque sin duda alguna perecieran los nuestros sin que quedara soldado vivo ni imaginación de navío. Como esto no se consiguió, hizo el Gobernador que se pusiese la cadena y se agitase y añadiesen otros palos. Salidas las naos, la mayor parte de ellas por ser el tiempo bonancible cazaron de popa y se sotaventaron. La capitana con las demás restantes, de una y otra vuelta, estuvieron sobre el puerto dos días, aguardando que saliese la nao. Hizo lo mismo viendo que no salía, quedando tres y el patache. Estas aguardaron más de ocho días vieniendo todas las tardes sobre la boca del puerto a dar vista a la suya, la cual hizo una señà de disparar tres piezas sin bala y poner encima de la bandera un gallardete. Lo que de esto se colijó fué pedir socorro porque la gente estaba amedrentada y tan desatada que de ninguna manera sabían por donde habían de salir, y esto fué porque el Gobernador mandó a las lanchas que quitasen las boyas que estaban puestas y con centinela para que la del enemigo no pusiese otras. Finalmente ya como desesperados se levaron y dieron sus velas para salir, como a las dos de la tarde, y por huir de nuestra artillería que estaba en la Puntilla, se metieron tanto por los bajos, que quedó más llamada que la vez primera. Luego al instante el Gobernador mandó poner otra pieza y que los mejores artilleros cada uno a la suya le disparasen, y así se hizo sin perder tiempo. Fué tan grande la batería y destrozó que le iba haciendo, que nuestro Gobernador pre-vino en que aquella noche la gente de ella en
una lancha y otra pequeña la habían de desamparar y así luego al punto envió a llamar al capitán Don Andrés y le ordenó que con dos lanchas estuviese en medio del puerto sobre la cadena y otras dos desviadas en el paso del Cañuelo, y que al momento que se reconociese que las lanchas salían se disparase un mosquete y que las tres acometiesen al enemigo y la otra fuese a la nao para apagar el fuego que se hallase encendido, y al capitán Don Sebastián de Avila ordenó también que en el Catel del navío de la Habana con 11 hombres estuviese a la vista de la nao, porque si echase espias díse asalto a su lancha y los cogiese. Y sin embargo de esta disposición tan buena y prevención tan cierta, el enemigo salió con sus dos lanchas y el Gobernador castigara a los que no guardaron sus órdenes. Quedóse la nao, y en la segunda cubierta dejaron algunas linternas encendidas y en dos barriles de pólvora, en el pañol donde estaban cuerdas encendidas y lo mismo en al-

unas piezas el no cerrar fuego fué evidente milagro conociese la salida de las lanchas desde una de las plataformas, porque le dispararon dos piezas y fue tanto el sentimiento del Gobernador con estar en la cama y no sanó de las heridas. Así cojo y maltratado se levantó ordenando que las ocho lanchas saliesen a la mar con 11 hombres en seguimiento de las lanchas, y que nadie entrase en la nao hasta que él y los oficiales Reales fuesen. Hízose así, y luego, después de reconocido y visto que el fuego no había surtido efecto, ordenó que sacase la pólvora, cuerda, armas y balas y otras municiones inventariándose todo con mucha cuenta y razón. La nao es de más de 500 toneladas, nueva de primer viaje con 3 cubiertas, 30 piezas de artillería, 34 de hierro colado y 6 de bronce, las dos de ellas medio culebrinas de a 13 libras bala, y ella en sí tan fuerte que pareciéndonos que estaba deshecha a balazos, por ser tantos los que le tiraron, que ninguno le pasó por parte donde
se pudiese ir a pique dándole los más de ellos en la lumbre del agua. Las lanchas se volvieron porque el enemigo estaba lejos y el viento les refrescó luego. Veinte y ocho días fué el cerco. En ellos tiró el enemigo más de 4.000 balazos de artillería. Las trincheras las allegaron hasta nuestro foso y nos quitaron un albercón de agua que estaba pegado a él, porque a ellos les pareció que de allí era nuestra bebida, y engañaron porque en el Castillo había agua para dos años. Trabajó tanto el Gobernador en estos veinte y ocho días que de remiendos con todos los carpinteros hizo encabalgamientos para más de 20 piezas que se habían apeado disparando. Terraplénó la puerta principal derribando la puente que estaba sobre tres estribos de ladrillo y piedra, éstos los hizo arrasar porque si el enemigo entrase en el foso, no daban lugar a que 3 pedreros que hizo poner en las casas matas le ofendiese, hizo meter esta madera para leña y eje de la artillería. También hizo terraplenar otras dos puertas. La una del foso del Castillo y la otra de las murallas que es el servicio de las carretas para la fábrica, entre estas dos puertas pegado a la del foso hizo hacer una trincher para resistir a el enemigo porque por aquella parte de la mar podía meter gente como salía la nuestra para ofenderle. De noche estaban en ella 8 soldados piqueiros y cuatro mosqueteros con un cabo de satisfacción. Y estado y medio de alto la centinela a fuerte, que puesto en pie, pudiese ver cuando el enemigo venía. Este cabo tenía por orden de pelear y no retirarse de ninguna manera, por que aunque viniese mucha gente la salida era tan estrecha y agria que habían de entrar muy poco a poco. Hizo un desembarcadero en la última plataforma para que las canoas, en que no entraba el bastimento, se abrigasen y estuviesen ocultas. Asistió en él personalmente tres días descalzo y metido del agua con la demás gente. Fué muy importante porque de antes se perdían las canoas y
el bastimento se mojaba de suerte que no servía. Terraplenó en una noche una garita del caballero de Austria que el enemigo por batir-la ofendía mucho a los nuestros y en particular a los artilleros y artillería por cogerla atra- vesada. Fué de mucha consideración porque las balas no la pasaban. Aderezó las picas clavando los hierros, haciéndolas afilar, hizo muchos chuzos y desjaretaderas. Despachó la misma noche que se encerró en el Morro a Santo Domingo escribiendo al Presidente A. Carta X° y la Havana pidiendo socorro de pólvora, municiones y bastimentos. Hizolo también al Presidente Don Dionisio de Acuña y se mostró tan celoso en esta ocasión del ser-vicio de Dios y de S. M., que antes de llegar las cartas a sus manos, por nuevas que tuvo de unos marineros que salieron del puerto huyendo en un barco y del soldado Pedro Sar-zuela que había ido en el navío de Islas, que al instante despachó una fragata con socorro escribiendo a nuestro Gobernador Joan de

Haro y animándole y que le ofrecía no faltar-le en lo que tocaba a bastimentos y que le avisiase el estado en que estaba. Llegadas las cartas despachó otra con cantidad de casabe, carne, maíz, biscocho, harinas, quesos, gal-linas, huevos y medicinas hasta carbón para la fragua, y pareciéndole que aún esto no era bastante, despachó otra con 30 infantes por capitán y cabo a Francisco de Acuña natural de Lisboa en los reinos de España con orden de que metidos los bastimentos en esta fuerza, pasase a raya y trujese pólvora socorriendo primero nuestra necesidad, y la demás restante la llevase a Santo Domingo de que había falta. Viniendo este Capitán en cumplimiento de su viaje en el paraje del Arriba, 12 leguas a sotavento de este puerto, amane-ció entre 12 naos del enemigo holandés que ya habían salido. Huyendo de él y entrando en otro le siguieron otras 3 que quedaron atrás, tanto que le obligaron a meterse en un puerto que se dice Cerro-gordo. Embistieronle
3 lanchas y peleó tan alentadamente, que mataó las многие, que hizo retirar y a una la echó a pique. El enemigo agravado de esto y con otro nuevo socorro que le había ido en la fragata y lancha que desamparó la nao. Lunes 10 de Noviembre con ellas y otras cinco lanchas que llevarían más de 250 hombres y con artillería y roqueros le acometieron. Como los nuestros eran pocos y le habían muerto y herido algunos, dejaron solo al capitán y se echaron al monte. Aseguró su persona con el socorro que había puesto en tierra, sin mostrar en nada género de cobardía, porque en todo anduvo muy valiente. Lleváronse la fragata y 2 piezas de bronce pequeñas que traía. También despachó el Gobernador después de algunos días de cerco, en una canoa de perlas a la ciudad de la Havana al Gobernador Francisco Tajagranm escribiendo al Marqués de Cadereita, general de galeones, para que con ellos si estaba allí le socorriera ofreciéndole una grandiosa victoria por estar por nosotros.

el Castillo y conocer el poco valor y ánimo del enemigo, y que si no estuviese allí pídiese al Gobernador y Oficiales Reales, pólvora, municiones y bastimentos y que los despachase y pasase a la corte con el pliego que llevaba para S. M., que también lo hizo por vía de Santo Domingo. No le quedando tiempo ni ocasión, medios, ni modos de que no se valiese nuestro Gobernador para salir del empeño tan grande en que estaba, y defenderse con una fuerza tan importante al servicio de las dos Magestades trato y comercio de todas las Indias, porque esta fuerza en poder del enemigo la consideró inexpugnable por tener sitios y partes que si los fortificara como dio a entender, lo había de hacer costara a S. M., el desapoderarle de ella mucho cuidado y hacienda, y por lo que he visto en este caso presente, tengo lástima a los que viven en semejantes lugares porque no solo esta vez sino las que quisiere se entrará con la facilidad que lo hizo para cuyo remedio, según la experiencia
FERNANDO J. GEIGEL

ha mostrado, el Castillo está muy desmante- lado y muy en jerga, y los que han informado a S. M. que está acabado se han engañado. Tiene muy poca artillería y menos artilleros con ninguna destreza. La boca del puerto tie- ne de ancho 323 brazas casi todas de canal, si de la otra frente del Castillo se pudiera ha- cer una plataforma, importara mucho, pero cuando esto no sea, no se podrá escusar en el puesto y sitio que llaman de la Puntilla que es en medio del surgidero de las naos y de no hacerse esto y criar otras 100 plazas como de antes, demás del riesgo tan eminentes que tie- ne la tierra, los vecinos están resueltos a des- ampararla y será fuerza el hacerlo porque ha sido mucha su ruina y pérdida y S. M. no ha tenido ninguna, antes ha quedado muy ga- nancioso, pues la nao y lo que tenía vale más de lo que S. M. ha gastado. Matáronle a el enemigo 400 hombres, antes más que menos, y algunos de consideración. De los nuestros murió el Sargento mayor García de Torres, cuatro artilleros que mataron nuestras mismas piezas y seis soldados y dos estropeados de brazos y piernas. Solo entró en el Morro el Prior Fray Antonio de Rojas de la orden de predicadores para confesar, que como más ani- moso nos quedó de tantos Eclesiásticos como había, y fue de muy gran consuelo para las ne- cesidades y riesgos de la vida, en que estábamos saliendo. En la manguardia cuando la retirada del enemigo embarcándose en el na- vío que fué a acometer al que había quedado suyo animando a los soldados, todo con mu- cho valor. Por muerte del sargento mayor García de Torres, se nombró al Capitán Ma- teo Delgado, que lo era de la infantería en la gran Canaria, persona que ha más de 30 años que sirve a S. M. y en esta ocasión importó su elección para disciplina de los soldados, asistencia y trabajo de su persona en las trin- ceras y plantar la artillería y ser de los pri- meros que acudió a la nao para reparar si ha- bía algún fuego y defender lo que había den-
tro, por orden de nuestro Gobernador. Acaba
bada esta relación escribieron al Gobernador
el Cabildo de la villa de San German, 30 le-
guas a sotavento de esta Ciudad, como el ene-
migo con su armada había dado fondo en un
puerto que se dice San Francisco, reconoció-
se iban muy maltratadas y la Capitana y otra
desarbolada, y que de día y de noche no ce-
saba la carpintería y que juntamente les había
escrito la carta que sigue:

CARTA 3 de Boudoyno Henrico.—Seño-
res: El portador de esta llamado Manuel Ca-
suella, natural de la Ciudad de Miéga, es pri-
sonero que los indígenas del Brasil tomaron
con su mujer y dos niños en la Capitanía del
Río Grande, pero viéndoles en el poder de
aquella gente, luego fueron de los nuestros to-
mados en salvo y guarde, y por no haber ha-
llado comodidad propia de ponerlos en tierra,
se han hasta ahora quedado con nosotros, y
como le hallamos ser hombre de bien y hon-
rado, habemos hallado por bien de fiarle y en-

viarle a Uds. para que en nombre mío pidiese
a Uds. que nos manden aquí algún hombre de
la tierra sobre mi fé y abajo de la bandera
blanca para saber si quería tratar con nosotros
sobre algún ganado y otras provisiones que
pudiésemos haber de menester en pagándoles
lo que será de razón, y con esto guarde Dios
a Uds. a 8 de Noviembre en el Almirante.—
Jaques Lofrebure, Secretario.

Respondióseles a esta carta que si que-
rian saltar por bastimentos lo hiciesen con su
riesgo, que ellos no le querían dar ninguno.
Vista por el Gobernador la carta y respuesta
de arriba y la falta de pólvora y balas que ha-
bía, les despachó dos botijas de pólvora 2400
balas, para que de ninguna manera diesen lu-
gar a que hombre del enemigo pusiese pié en
tierra inspíándoles todo género de socorro;
si antes que se despachase ésta se avisase del
suceso se pondrá a continuación de lo demás,
y perdona el lector la prolijidad, que no se ha
podido decir en menos palabras habiéndose
de ponderar y escribir el caso como pasó. En realidad de verdad, que así lo certifico como testigo de vista, que es fecha en Puerto Rico a 18 de Noviembre de 1625 años.
III

PLANO

en que se manifiesta con la mayor exactitud el Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, y todas sus inmediaciones, levantado con plancheta y la más escrupulosa atención, de orden del Mariscal de Campo Don Alejandro O'Reilly.—San Juan de Puerto Rico, 17 de Mayo de 1785. (firmado) Thomás O. Daly.

(Copia del original a la acuarela perteneciente al Archivo y Biblioteca Puertorriqueña del LCEO, Fernando J. Géigel Sabat).

No es posible darse perfecta cuenta de la campaña de Balduino Enrico, durante el asedio del castillo del Morro de San Felipe, sin un buen plano que permita seguir con precisión el curso de las operaciones militares y navales emprendidas por el general holandés. Por eso, aun cuando ya publicamos en el texto el plano que figura en la edición holandesa, nos ha parecido de interés reproducir el adjunto plano, trazado por el coronel de ingenieros Tomás O. Daly, en el siglo XVIII.

O'Daly fué persona competentísima en casi-
tamentración e ingeniería militar siendo encargado de dirigir las obras de fortificación y defensa, que pusieran la isla al abrigo de cualquier golpe de mano.

Ya en 1759 el gobernador Bravo de Rivero había presentado una memoria en la que constaban las fuerzas que estaban destinadas a la defensa de la isla, y que eran a todas luces insuficientes para una época de tan enconadas guerras y adelantos en la artillería naval y terrestre. En aquel tiempo la guarnición era solamente de un batallón fijo, con cinco compañías, cuatro de infantería y una de artillería. Existían, sí, fuerzas más considerables numericamente, en la Milicia compuesta de sesenta y seis compañías con 5.611 hombres, pero estas tropas, diseminadas por toda la isla, aunque de probada lealtad y bravura, eran deficientes en preparación militar y armamento, en caso de tener que rechazar el ataque de un numeroso y disciplinado ejército europeo.
día al crecido haber que recibía y al importantesímo objeto confiado a su valor y a su celo. Era la única defensa que tenía S. M. para la conservación de la más preciosa Isla de América, en cuya fortificación, tropa y demás obligaciones lleva ya gastados muchos millones.

Estas palabras demuestran lo mucho que O'Reilly y su brillante colaborador el ingeniero O'Daly, tuvieron que realizar para que San Juan estuviera en condiciones de defensa. En su tiempo se construyó el polvorín de Mirafloros, se mejoró el artillado de los castillos y posiciones y se hizo un gran acopio de municiones y material de guerra. Años después el rudo ataque de los ingleses de Albercromby y Harvey, (1797) puso de relieve lo previsor y acertado de las anteriores medidas inspiradas por O'Reilly.

FIN

INDEX PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

<table>
<thead>
<tr>
<th>Lám.</th>
<th>N.º</th>
<th>Págs.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1</td>
<td>Retrato de Joannes de Laet, autor de la obra «Historie Ofte Iaerlijck Verhael van de verrichtinghen der Geoctroyeerde West-Indische Compagnien»</td>
<td>47</td>
</tr>
<tr>
<td>2</td>
<td>Facsimil reducido de la portada de la «Historie ofte Iaerlijck Verhael...»</td>
<td>53</td>
</tr>
<tr>
<td>3</td>
<td>Mapa holandés de las Antillas primer cuarto del siglo XVII</td>
<td>65</td>
</tr>
<tr>
<td>4</td>
<td>La escuadra holandesa del General Balduino Enrico y del Almirante Andries Veron.</td>
<td>75</td>
</tr>
<tr>
<td>5</td>
<td>Desembarco de los holandeses en San Juan de Puerto Rico al mando del General Balduino Enrico</td>
<td>85</td>
</tr>
<tr>
<td>6</td>
<td>Plano de San Juan y sus inmediaciones en 1625, donde se aprecian las trincheras y fortificaciones holandesas y</td>
<td>205</td>
</tr>
</tbody>
</table>
ÍNDICE

Lám. N.º Págs.

españolas ............................................. 101

7 El castillo del Morro antes del asedio hol-
landés. — El castillo del Morro mostrando los daños causados por la artil-
lería holandesa .................................. 121

8 Vista de la ciudad de San Juan en 1625; 
días antes del asedio holandés .............. 137

9 La bandera del Príncipe de Orange fue 
zada en la plataforma de la Casa del 
Gobernador en San Juan, durante el 
asedio holandés .................................. 155

10 Plano en que se manifiesta con la mayor 
exactitud el Castillo del Morro de San 
Juan de Puerto Rico, y todas sus in-
mediaciones, levantado con plancheta 
y la más escrupulosa atención, de orden 
del Mariscal de Campo Don Alejandro 
O’Reilly .............................................. 201
nada con grabados para mejor inteligencia de dicha obra o Historia .......................... 51
Fragmentos del Libro Primero:
Balduino Enrico, General y Andrés Veron, Almirante .......................... 53
Fragmentos del Sumario del Libro Segundo. 55
Fragmentos del Libro Segundo:
Salida de Texel del general Balduino Enrico. — Relación de los navíos que le acompañan. — Llega a las costas del Brasil. — Se encuentra al yate Vosken, que había capturado dos navíos, perdiéndolos después; da la nueva de que la armada española estaba fondeada en Bahía. — El general encuentra que ha sido tomada la Ciudad. — Avista la flota española, pero comprendiendo que no podía hacer nada vuelve a tomar rumbo hacia alta mar. — Es seguido por la flota española .... 57
Navega hacia el morro de San Pablo poniéndose en observación.—Carecen de agua y muchos caen enfermos.—Se apoderan de un barco costero. — Hace rumbo hacia el norte .......................... 62
Carecen de víveres y muchos enferman y

mueren.—Llega a Parahyba, donde procura entrar.—El navío del Almirante Veron encalla en un banco. — El general sigue con la armada hacia la bahía de la Traición ...
Aspecto de esta bahía.—Hace una excursión por tierra y otra por mar.—Los indígenas de esta región se alían con los nuestros. —Hay una pelea con los portugueses que son derrotados .......................... 65
Visita al río Mambuagua.—Durante la noche hacen otras expediciones.—Deliberan sobre lo que conviene hacer ulteriormente y restierven partir. — La flota se divide. — El Vosken queda en la costa del Brasil; lo que hace. — Toma un pequeño navío con cargamento de vinos y después otros dos. — Continuación del viaje del general Boudewijn Hendricksz.—Llega a Bekia y San Vicente. — Parte y capea un fuerte temstral. — Llega a la isla Virgen Gorda que hace observar. — Se pierde el navío Vlissinghen .......................... 67
El general entra en Puerto Rico.—Huyen los de la ciudad; los nuestros la toman y enseñoreanse de la isleta. — Cerco y bom-
bardeo del Castillo. — Se intima la rendición al enemigo, pero inútilmente. — Salidas del enemigo. — Los nuestros pierden hombres y bajeles ........................................... 77

No pudiendo rendir el Castillo, el general decide partir.—Los nuestros se embarcan e incendian la ciudad y los navíos enemigos. — Salen todos los navíos menos el Medenblick, que se pierde. — El general sigue hacia el extremo occidental de la isla. — Es tomado un pequeño barco español. — Algunos navíos son enviados a Santo Domingo y dos con el botín a la República. 89

Partida de la flota.—Apresamiento de un barco. — Regreso al puerto de San Francisco en el extremo Occidental de Puerto Rico. 97

Fragmentos del Sumario del Libro Tercero.

Fragmentos del Libro Tercero:

Continuación del viaje de la flota a cargo del general Boudewijn Hendrickz. — Entra en la bahía de San Francisco donde hace aguada y una entrada por tierra sin encontrar al enemigo que, entretanto, acomete a uno de nuestros bateles.—Los nuestros queman algunas casas y se llevan ca-

bezas de ganado. ........................................ 103

La flota vuelve a partir y va a la Dominica; observa las próximas islas Caribes y sigue hacia la isla Margarita. — El general toma el Castillo situado en esta isla, con gran riesgo de su persona. — Intenta otra empresa en esta misma isla, pero no puede tomar tierra. — Es apresado un barquichuelo español. — La flota fondea en Cubagua; los nuestros saquean la isla y queman las cabañas. — Aspecto de la costa septentrional de la isla Margarita. — El general sigue hacia el puerto de Mochina al que da el nombre de puerto Mauricio. — Avista el castillo de Fuente de Araya. — Disposición de puerto Mauricio. — Es apresado un navío. — Los españoles destruyen sus propias casas y sementeras; sorprenden algunos de los nuestros y no los quieren canjear por sus compatriotas prisioneros ........................................ 106

La flota navega hacia Santa Fé, donde se aprovisiona de agua. — Pasa por Commarragot y otras islas y arriba a Bonayre. — Aquí se apoderan los nuestros de algunos
carneros y encuentran un gran montón de madera encarnada que embarcan. — Es apresada una galera española con carga de tabaco y algunas mercaderías de valor. — La flota llega a la isla Vaca y después al cabo Tiburón; fondea en el extremo occidental de Jamaica. — Aspecto de la parte septentrional de esta isla

Es apresada una piragua española. — Empresa del Capitán Banckert a la altura de la isla de Mona. — Pelea con cuatro buques españoles, de los cuatro se apodera de uno y destruye dos; procedían de Santo Domingo, conteniendo un excelente cargo. — El Capitán fondea en Saona y vuelve a juntarse con el general. — Une a éste el Commandeur Hendrick Lucifer

Salen juntos los navíos del puerto Negrillo; pasan por las Caímanes y divisan la isla de Pinos. — Capturan un barco nuevo, español, en lastre; fue armado y tripulado. — La flota llega delante del río de los Puercoy y luego ante Corona. — Es apresado un barco pesquero de tortugas, de cuyos tripulantes obtiene el general algunas noticias. — Se dirige al puerto de Cabañas. — Disposición de los puertos de aquellos lugares

La flota entra en el puerto de Cabañas donde halla un barco recientemente construido. — Los nuestros hacen una expedición, apoderándose de algunos animales y provocando un incendio. — Es apresado un pesquero de tortugas. — Es incendiado el navío nuevo después de saquear cuanto podía servir. — Otro barquichuelo es apresado delante de la Habana, con carga de madera, y también es quemado. — La flota zarpa del puerto de Cabañas y llega delante de la Habana. — Es capturado un barco procedente de Campeche

El general enferma y muere. — Se amotina la flota, que hace rumbo hacia la República

Fragmentos del Libro Quinto:
Descripción de la isla Mona durante el viaje del Almirante general Pieter Pieterz Hein, en el año 1629
Lista de los navíos, barcos y carabelas que
ÍNDICE

capturó al enemigo la escuadra de Boudevijn Hendricksz, con los destruidos y averiados ........................................ 141

Apéndice:

Cap. XVII de la obra «Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico» por Fray Inigo Abbad y Lasierra ........................................ 145

Relación de la entrada y cerco del enemigo Boudyño Henrico, general de la armada del Príncipe de Orange en la Ciudad de Puerto Rico de las Indias; por el Lcdo. Diego de Larrasa, Teniente Auditor General que fué de ella .................................................. 155

Plano en que se manifiesa con la mayor exactitud el Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, y todas sus inmediaciones, levantado con plancheta y la más escurpulosa atención, de orden del Mariscal de Campo Don Alejandro O'Reilly.—San Juan de Puerto Rico, 17 de Mayo de 1765. Thomas O'Daly .......................................................... 201

Índice para la colocación de las láminas ........................................ 205